

Francisco Valverde y Perales

Leyendas y Tradiciones

Toledo

Córdoba

Granada



TOLEDO

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55, y Lucio, 8.

1900

A su buen amigo el ilustrado acadé-
mico de la Real de la Historia Don Fro-
do Ferreras, recuerdo del

Autor



355

83-21-2
355

Francisco Valverde y Perales

Leyendas y Tradiciones

Toledo

Córdoba

Granada

Prólogo de Rafael Torromé.

Ilustraciones de Hidalgo Caviedes,
J. Vera, N. Lagarde, García Menacho, F. Latorre,
E. Lagarde, J. Barreras, A. Vegue
y M. Tovar.



TOLEDO
IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
Comercio, 55, y Lucio, 8.

1900

~~~~~  
Es propiedad de su autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.  
~~~~~

Véanse las notas al final.

Al Excmo. Sr. Marqués de Guadaleras.

A Ud., mi respetable y cariñoso amigo, que tanto ha contribuido con sus sabios consejos y enseñanzas á ilustrar mi pobre inteligencia, dedico esta modesta obra, que si no es acreedora á tal distinción por su escaso mérito literario, tiene en su favor la benevolencia de Ud. y la admiración, cariño y agradecimiento que por Ud. siente su autor

Francisco Valverde.





PRÓLOGO

Los grandes poetas españoles del siglo XIX, aquellos cuyo nombre sobrevivirá á su tiempo, han inspirado sus obras en asuntos históricos y han escogido en los inagotables veneros de la tradición y la leyenda asuntos y acontecimientos de que se halla exhausta la empobrecida España de nuestros días.

Zorrilla, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, han pulsado sus lirás inmortales haciendo con ellas revivir las pasadas grandezas, acaso porque el vil prosaísmo y la mezquindad moral de ahora, les obligaba á volver las miradas á épocas remotas, que muestran, si no á los ojos á la memoria, actos heroicos, nobles y prodigiosos, capaces de ser escuchados con emoción y referidos con elocuencia.

Existe unidad y compenetración tan íntima y estrecha entre la obra literaria y el tiempo en que se inspira, las costumbres que refiere y los acontecimientos que retrata, que los grandes poetas sólo viven y se logran en las grandes Naciones.

Estudiando la historia literaria de los distin-

tos países de Europa se observan lagunas de centurias de años en que ninguno de los habitantes de inmensos territorios siente encendida su alma por el fervor lírico, ni acierta dignamente á dar expresión á nobles sentimientos, y no es lógico suponer que esta poquedad y carencia estribe en la causa eficiente, es decir, en el literato que pueda hacer la obra, cuya inspiración acaso yazca en potencia, ó sea adormecida en el alma de cualquier ciudadano, sino más bien en las causas circundantes y ocasionales que no despiertan en aquel espíritu las energías de que es capaz, como la semilla caída en mala tierra ó á destiempo que no germina porque no encuentra los elementos necesarios para explayar la vitalidad y la naturaleza que potencialmente guarda en su seno.

D. Adelardo López de Ayala, autor dramático y poeta, como todos sabéis, selectísimo, y hombre de gran entendimiento, dice en sus notas sobre la decadencia del teatro italiano, que las comedias son espejos donde la sociedad se mira, y que aquellas Naciones decadentes que tienen horrible perfil psicológico, carecen de teatro por que no les agrada contemplar su propia fealdad.

Eso puede decirse también de España, cuya literatura dramática se halla en lamentable decadencia y cuya poesía lírica desmaya y muere por análogas causas.

La literatura es un producto social, como la flora es un producto del suelo, y tan difícil es que nazcan plátanos en las cumbres de los Pirineos ó

de Sierra Nevada, como poetas líricos y dramáticos en países que no tienen entusiasmos, ideales ni grandeza.

Podrán florecer acaso los pintores y los escultores porque tienen modelos universales y mudos, cuya virtud estriba en las inmutables entidades del color y de la línea que no están sujetos á las oscilaciones morales de los espíritus ni del medio ambiente; pero aquellos que se han de inspirar en una sociedad desmayada no tienen más camino que copiarla ó que maldecirla; en el primer caso, la obra tiene que participar de la insignificancia del modelo, y en el segundo, ha de adolecer de las monótonas lamentaciones de Jeremías, ó de la iracundia sarcástica de Juvenal, y en uno y otro caso se desprende de la obra un tufillo acerbo y desconsolador, que antes que atraer y cautivar el ánimo, lo amarga y lo repele.

Por todas estas causas, las fuentes históricas y legendarias me parecen las más apropiadas para beber su inspiración nuestros poetas, y aun cuando sea triste el espectáculo que ofrece un país aferrado en cantar, como viejo decrepito, sus mocedades, porque en su edad presente no realiza actos dignos de ser ensalzados ni referidos, es más triste aún, por ser más infructuoso, empeñarse valdamente en rebuscar asuntos poéticos en épocas prasaicas ó inspirarse en un subjetivismo absoluto por donde el poeta exprese su personal manera de sentir, que si es idealista y elevada, serán sus versos los lamentos del mártir entre fieras.

Así, pues, felicito á mi excelente amigo Don Francisco Valverde y Perales por la acertada elección de las tradicionales fuentes en que ha inspirado su labor poética, por las cuales puede manifestar sus envidiables cualidades de *vir bonus* y de versificador discretísimo, dando vida y calor á aquellos hechos que, aun cuando pasaron, habrán de quedar eternamente en nuestra memoria, porque en el mundo sólo perdura lo que es digno de vida perdurable.

Las LEYENDAS Y TRADICIONES DE TOLEDO, CÓRDOBA Y GRANADA, constituyen una obrita llena de interés y de atracción, y la versificación, siempre discreta, y en muchas ocasiones inspirada y bien sentida, es fiel intérprete de la grandeza de los sucesos y pasiones que manifiesta.

El Sr. Valverde es de aquellos hombres que á su propio exclusivo y decidido esfuerzo personal lo deben todo, lo mismo la cultura que acendra y aquilata su gusto literario, que las estrellas que honran su uniforme militar, ganadas en el rudo y peligroso malestar de las campañas, y yaciendo en esa triste orfandad de protecciones en que se forman y templan los grandes caracteres.

Para expresar dignamente la caballerosidad legendaria de nuestra raza, es necesario sentirla, y el autor de esta obra la siente hasta tal punto, que parece, hasta en su aspecto, uno de aquellos españoles del siglo XVI, llenos de caballerosidad y de hidalguía que enaltecieron é inmortalizaron el nombre de su Patria.

A ese espíritu caballeroso se debe el respeto

que hasta hace poco tiempo ha inspirado España á todas las Naciones de Europa, y al vernos ahora desposeídos de él por las ruindades é infamias de que hemos dado tristísimo ejemplo en recientes desastres nacionales, es necesario que nos esforcemos en recuperar el bien perdido, en recobrar nuestro carácter tradicional, esa hermosa leyenda que algunos insensatos ven con gusto que se haya desvanecido porque presumen que es augurio de que entramos en la vida moderna; pero no comprenden que esa misma vida moderna no puede darnos elementos de existencia si borra de nuestro corazón los sentimientos de hidalguía, patriotismo, desinterés, y en fin, de las santas virtudes que constituyen el fondo eterno de la vida moral de las Naciones.

Expresando ideas análogas dice el insigne Pérez Galdós en *Zumalacárregui*, aludiendo á la caballerosa energía de nuestra raza:

«La tenacidad, la gallardía caballerescas, componen toda la historia de una raza que al inclinarse para caer en tierra, ya está pensando en cómo ha de levantarse.»

España debe inspirar su conducta futura en su vida pretérita, despojándola sólo de aquellas formas que sean incompatibles con los progresos modernos, pero conservando siempre con el más acendrado amor los elevados y excelsos sentimientos, y las nobilísimas prendas de carácter que encierran la energía necesaria para las cívicas virtudes. No conviene subordinarnos á lo pasado, pero tampoco desechar de lo pasado lo

que contenga de esencial, inmejorable é insustituible, y para inspirar nuestra conducta, es forzoso cultivar la literatura genuinamente española, y avezar la juventud á la lectura y meditación de libros como éste, que expresa por deleitable manera la enérgica y hermosa fisonomía moral de nuestra Patria.

R. TORROMÉ.



Introducción.

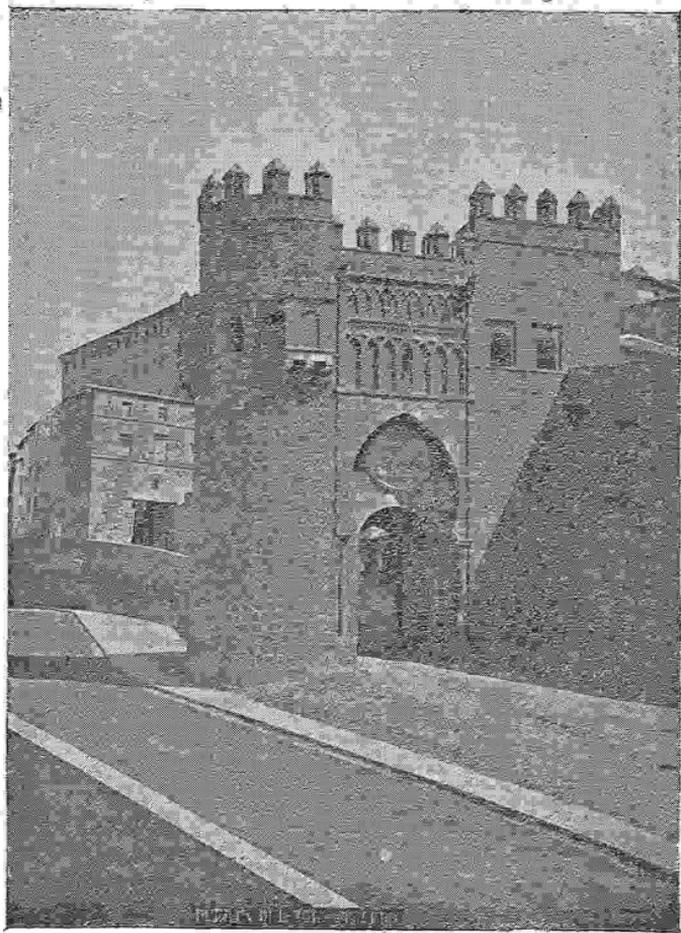
Toledo, insigne Córdoba,
Granada incomparable,
cuando discurro á solas
por vuestras viejas calles,
en esas horas tristes
en que las sombras caen,
cruzando silenciosos
y lóbregos pasajes
poblados de fantasmas
que á mi memoria traen
de razas y centurias
grandezas y desastres;
ó escucho la campana
sus ecos dando al aire
desde las altas torres
que fueron alminares;
ó miro cómo logran
los siglos y el pillaje
rendir vuestras defensas
un tiempo inexpugnables;
en torno mío siento
las alas agitarse
de formas misteriosas,
calladas, impalpables,

que, en voz baja, á mi oído
murmuran, incitantes,
consejas, aventuras,
proezas militares,
cuentos y fantasías
de ya muertas edades,
cuando mi Patria era
Nación temida y grande.
Los hechos que refieren
sus lenguas inmortales
de noble y alto ejemplo
son fuente inagotable
que hoy, por su mal, olvida
la humanidad, lanzándose
ciega, entre la resaca
de estrépito asordante,
corriendo tras quimeras
que no han de realizarse.
Gloriosas tradiciones,
consejas admirables,
que ya inútiles juzga,
porque todo lo sabe,
un pueblo cuyo espíritu
mezquinamente late,
soberbio con su ciencia,
hidrópico insaciable
de bienes positivos
y goces materiales,
que cual tronco sin savia
podrido se deshace.
La fe ya es fanatismo,
lo milagroso un fraude,

la santa es una histérica,
un ídolo la imagen,
el creyente un *beato*
y un pobre iluso el vate.
Lo bello, el bien, lo justo,
aspiración constante
del alma que pretende
á lo perfecto alzarse,
ni se honran ni se estiman
si no son cotizables.
Patria, honor, nombre, gloria,
sublimes ideales
que el mundo conmovieron
con fuerza incontrastable,
son palabras vacías
que ya no entiende nadie
ni nada significan
para el error triunfante,
que infama ó desmorona
prestigios seculares
y arrastra por el lodo
la túnica del Arte.
Yo busco el idealismo:
su aliento me levante
con alas poderosas
á esferas más brillantes,
donde el materialismo
rastrero su voz calle
y con crudezas torpes
mi inspiración no manche.
Mientras en los desiertos
el misionero errante

duro martirio acepte
de indómitos salvajes;
mientras vierta el soldado
tesoros de su sangre
y pródigo con ella
culpas ajenas lave;
mientras santas mujeres
reciban, sin quejarse,
la muerte, respirando
ambiente de hospitales;
mientras valientes líras,
con himnos resonantes,
las Artes solemnicen,
la Fe y la Patria ensalcen;
habrá quien sobre el torpe
materialismo se alce
y hasta seguro puerto
pueda llevar la nave.
En tanto, vuestras glorias,
matronas venerables,
yo cantaré, esperando
que la borrasca pase.





Los Niños Hermosos.

I

Entre el dédalo confuso
de misteriosas callejas
que por la imperial Toledo
suben, bajan y serpean,

una existe, flanqueada
por casas pobres y viejas,
que de los Niños Hermosos
el extraño nombre lleva.
Lo debió, en remotos días,
á una curiosa leyenda
en que de un infame prócer
hizo rodar la cabeza
un Rey que de su justicia
dió en ello acabada muestra.
De tan peregrina historia
el narrador nada inventa;
la copia de un viejo libro
que, en enrevesadas letras,
refiere el caso, y os juro
que según apunta fechas
y nombres, tiene la historia
carácter de verdadera.

II

El siglo trece mediaba
y por el Rey en Toledo
un Alguacil gobernaba
á quien el pueblo miraba
con justificado miedo.
Hombre á la guerra avezado,
lascivo, duro y cruel,
de la codicia picado;

sin duda tomó el pecado
humanas formas en él.
Diz que, casada ó doncella,
mujer á quien llegó á hablar
si nació, por su mal, bella,
no cejaba hasta saciar
sus apetitos en ella.
Y si algún padre ó marido
á la defensa salía,
callábase por sabido,
que á mano airada moría
ó era á prisión reducido.
Y el noble y el menestral
que el atropello brutal
en su vecino miraban,
llenos de temor, guardaban
sus hijas y su caudal.
De tan graves desafueros
iban, hasta el Rey Fernando,
por cartas y mensajeros,
amargas quejas llegando
de nobles y de pecheros.
Y espantado el Soberano
de los hechos inauditos
del Alguacil toledano,
se dispuso, por su mano,
á castigar sus delitos.

III

El Alguacil, entretanto,
de honras y de sangre ebrio,
sin saciarse, acumulaba
sobre un crimen otro nuevo,
de Dios y del Santo Rey
las leyes dando al desprecio.
Salió un domingo cercado
de esbirros y recorriendo
las calles pasó por una
donde, en infantiles juegos
entretenidos y alegres,
halló dos niños pequeños.
Blancos eran cual las flores
del azahar entreabierto,
de sonrosadas mejillas
y azules ojos de cielo
que dulces se dilataban
en irisados reflejos.
Iguales eran sus trajes,
y tan semejantes ellos,
que uno se copiaba en otro
como en transparente espejo.
Detúvose el Alguacil
mirándolos algún tiempo,
y una vieja que pasaba

le dijo: —Son los gemelos del mercader de la esquina. —Nunca vi rostros tan bellos, repuso aquél, y la vieja, —son el retrato perfecto de su madre, dijo, y son, también, el fruto primero del matrimonio. —Marcháos, dijo el Alguacil, y luego añadió á su gente: —Aquí os quedaréis en acecho, y cuando no pase nadie agarrad esos chicuelos, al Alcázar conducidlos y á buen recaudo ponedlos.

IV

Los esbirros, avezados á crímenes parecidos, llevaron sin ser sentidos los dos niños secuestrados. Y cuando el sol declinaba la pobre madre, Leonor, con lágrimas de dolor por sus hijos preguntaba. Nadie de los niños bellos razón alguna sabía,

y la madre se sentía
morir de pena por ellos.
Fué inútil todo cuidado
por hallarles, que seguros
los guardó, tras fuertes muros,
el Alguacil desalmado.
Huyeron las alegrías
de aquel venturoso hogar
y entre gemir y llorar
iban pasando los días.
Ya declinaba el tercero
cuando, á la madre angustiada,
le fué una esquila entregada
por extraño mensajero.
Leyóla, y un ronco grito
de su pecho se escapó
cuando el contenido vió
de aquel anónimo escrito.
Decía: «Si queréis ver
á vuestros hijos, Leonor,
sólo el Alguacil mayor
os los puede devolver.
Sola al Alcázar iréis;
que en este grave secreto
con cualquier paso indiscreto
su vida comprometéis.»
Quedó con los ojos fijos
en aquel papel Leonor,
que iba á pedirle su honor
en rescate de sus hijos.
Y del dilema espantada
se sintió desfallecer,

que aquella infeliz mujer
era madre y era honrada.
Ante una imagen bendita
de la Virgen se postró
y ferviente le pidió
remedio para su cuita;
que todo pecho cristiano
busca, por recto camino,
protección en lo divino
si no la encuentra en lo humano.
Su fe le daba consuelo
en situación tan cruel,
cuando un segundo papel
hizo más grave su duelo.
«Tres días, leyó, han pasado
sin ir donde se os espera;
habéis, cual hirsuta fiera,
vuestros hijos olvidado;
un último plazo os dan;
cuando márque la campana
la media noche mañana,
al Tajo los echarán.»

V

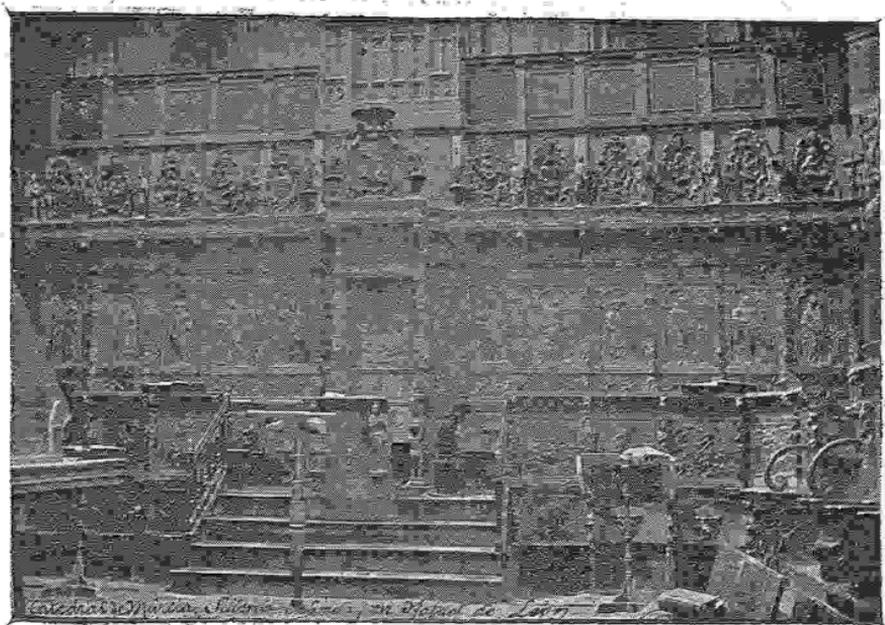
Sin dar crédito á sus ojos,
Leonor, en llanto anegada,
leyó repetidas veces
aquella terrible carta.

El amor de madre en ella
rompió violento sus vallas
y á salvar la vida á aquellos
pedazos de sus entrañas
se dispuso, y como loca,
á la siguiente mañana,
cuando se ausentó el marido,
salió sola de su casa
dispuesta á inmolar su honra,
y cuando libres llevara
al padre sus tiernos hijos,
hundir del Tajo en las aguas
su cuerpo, para lavar
dando la vida su mancha.
Salió por una calleja
á la cuesta del Alcázar
donde se vió detenida
por una barrera humana
que sin cesar, «viva el Rey»,
con entusiasmo gritaba.
Por encima de la gente
miró, solemne y pausada,
avanzar sobre un caballo
una figura gallarda,
y adivinando quién era,
corrió á su encuentro, y postrada
de hinojos ante el caballo,
arrancó un grito del alma
diciendo: «Señor, justicia»;
y sorprendido el Monarca,
ante el dolor de la hermosa
detuvo un punto su marcha;

escuchó atento sus quejas
y le dijo: —Mujer, calma
tus penas y ven conmigo
que haré justicia á tu causa.—
Poco después se veían
en una lujosa estancia
del Alcázar, al buen Rey
que despacio compulsaba
la letra de unas esquelas;
al Alguacil entre guardias,
y á Leonor con sus dos hijos
que en silencio se besaban.
Vistas las pruebas, el Rey
dictó sentencia, y el hacha
del verdugo cortó al punto
del culpable la garganta.
Luego la horrible cabeza
del Alguacil, colocada
sobre un plato de madera,
se expuso en calles y plazas,
y para dejar memoria
en la ciudad toledana
del crimen y del castigo,
dispuso el Rey que, á la entrada,
sobre la Puerta del Sol,
un grabado se fijara
en piedra, y él atestigua
que esta leyenda es exacta.
También dispuso, admirado
de las infantiles gracias
y hermosura de los niños,
cambiar el nombre que usaba

la calle donde nacieron,
y desde aquel tiempo data
el de los NIÑOS HERMOSOS,
como hoy la calle se llama.





Rafael de León.

I

—De aquí la verás mejor:
contempla con qué primor
ese manto peregrino
se plega al cuerpo divino
de la *Virgen del Amor*.
Mira qué soplo de vida
por toda su faz ríela:
cuando la vi concluida,
el alma á sus pies rendida
exclamé: *Maris Stella*.
Mas, ¿cómo tal perfección
mi mano diera á su talla,

esposa del corazón,
sin la dulce inspiración
que mi cincel en ti halla?—
Así en su taller un día
á su esposa le decía
un escultor toledano
mientras le mostraba ufano
una imagen de María.
Y ella, que el realismo amaba,
y aquel prodigio del arte
á comprender no llegaba,
disimulando, fijaba
los ojos en otra parte.
Sin cuidarse, al parecer,
de los que cerca tenía
trabajaba en el taller
un mancebo, que atraía
la atención de la mujer;
sevillana sensual
que encontraba preferible
á la belleza ideal,
la material y tangible
de la existencia real.
Mientras el marido hablaba,
ella, que de su presencia
apenas si se cuidaba,
con el mancebo cambiaba
miradas de inteligencia.
Y tan clara la intención
y tanta la obstinación
fué del extraño mirar,
que al fin llegó á despertar

las sospechas de León.
Celos, cual lava candente,
en su pecho sintió arder,
y de vengarse impaciente,
se retiró del taller
pretextando caso urgente.
Estuvo oculto un instante;
volvió de improviso luego
y pudo ver, lo bastante
para cortar, de ira ciego,
la existencia del amante.
Salvó la esposa la vida
con alas que le dió el miedo,
y el desdichado homicida
huyó solo de Toledo
á tierra desconocida.
Fué corriendo disfrazado
varias provincias, y al fin,
le admitió, como donado,
el Abad de San Martín,
de Valdeiglesias nombrado.

II

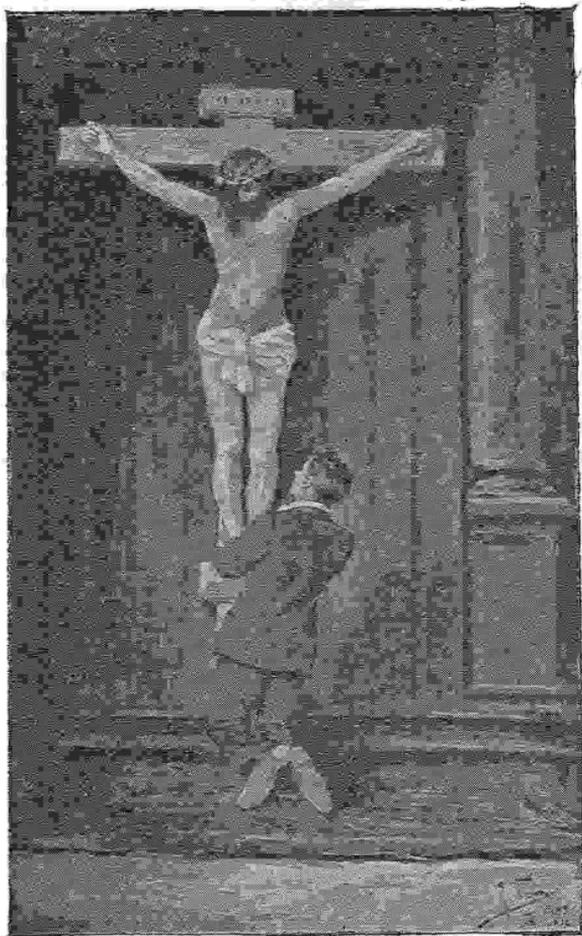
Tras tanto y tan grave apuro,
en el recinto abacial,
bajo el humilde sayal,
se vió el escultor seguro.
El tiempo, la penitencia,
el trabajo y la oración

devolvieron á León
la calma de la conciencia.
Concedió perdón y olvido
á la esposa delincuente
y lloró sinceramente
su crimen, arrepentido.
Luego de su triste historia
hizo al Abad largo cuento,
y dejar quiso al convento
de su gratitud memoria.
Pidió preciosas maderas
y manejando el cincel
volvió á cruzar Rafael
las artísticas esferas.
Pronto la noble abadía
absorta pudo admirar
un primoroso ejemplar
de soberbia sillería.
Años tras años pasaban
y ya del rico tesoro
para completar el coro
pocas sillas le faltaban,
cuando el Abad, cierto día,
de Toledo le contó,
tal nueva, que le llenó
de mortal melancolía.
Le dijo cómo su esposa
andaba por la ciudad
la pública caridad
implorando vergonzosa,
y añadió :—Pues que sincero
perdón la otorgaste ayer

socorrerla es tu deber;
toma permiso y dinero.
Corre allá; pero á ninguno
has de descubrir quién eres;
que, al cumplir ciertos deberes,
el callar es oportuno.—
Volvió á su pueblo querido,
del Abad siguió el consejo,
y aquel fraile, pobre y viejo,
de nadie fué conocido.
Buscó á su esposa, y mentira
creyó, que penas y años
produjeran tantos daños
en el rostro de su Elvira.
Darse á conocer pensó,
mas, triunfó de su flaqueza;
la socorrió con largueza
y á San Martín se volvió.
Triste, mudo y abatido,
el alma envuelta en misterio,
reanudó en el monasterio
el trabajo interrumpido.
Y tanto y con ardor tal
al cincel movió su brazo,
que en un brevísimo plazo
sólo la silla abacial
faltaba para el completo,
cuando el Abad, nuevamente,
llenó de sombras su mente
con otro triste secreto.
—Toledo llora afligida
por una peste infecciosa,

le dijo, y sé que tu esposa
está de la peste herida;
tu deber allí te llama.—
El buen artista corrió
á Toledo, y encontró
postrada á su Elvira en cama,
abandonada de todos;
lo que allí pasó se ignora,
mas, según se cuenta ahora,
se comentó de mil modos,
y no sin malicia, el hecho
de hallarse dos apestados,
fraile y mujer, abrazados,
muertos sobre un mismo lecho.
Y en la ciudad toledana
nadie en ellos supo ver,
ni al escultor del taller,
ni á la bella sevillana. (1)





El Cristo de la Agonía.

Guardaba con fe piadosa
cierta toledana villa
en vieja y pobre capilla
una imagen milagrosa.
Era la bella escultura
un Cristo, cuyo semblante

palpitaba agonizante
con espasmos de tortura.
De su protección divina,
que en todo mal invocaban,
mil prodigios se contaban
en la comarca vecina,
donde no faltó ocasión
á nadie, para llevar
agradecido al altar
un voto ó una oración.
Pero, quien con más ferviente
celo, con fe más sincera
veneraba al Cristo, era
el joven Pedro Vicente.
Cristiano fiel y buen hijo
nunca más dicha soñó
que el hogar donde nació
y el culto del Crucifijo.
Mas, á la ciudad un día
se vió obligado á marchar,
dejándose en el lugar
todo lo que más quería.
Con desaliento profundo
sintióse Pedro, al partir,
débil para resistir
las tentaciones del mundo,
y acudió con fe sencilla,
lleno de cristiana unción,
á implorar la protección
del Cristo de la capilla.
—Señor, dijo compungido,
pues que rigores del hado

me llevan de vuestro lado
concededme lo que os pido.
Dadme voluntad que enfrene
el fuego de mis pasiones;
dadme los copiosos dones
que la Caridad contiene.
Dadme cristiana elocuencia
para abatir la maldad;
dadme, en la dicha, humildad,
y en la desgracia, paciencia.
Nunca en mi silencio apoyo
halle el injusto tirano,
ni de ver deje un hermano
en el hijo del arroyo.
Y siempre vuestra bondad
divina, mi pecho aliente
contra la impura corriente
del vicio y de la impiedad.—
El Cristo de la Agonía
oyendo al joven piadoso
se dignó darle amoroso
todo lo que le pedia.
Y de su costado abierto
pricipiaron á brotar
mil virtudes que el altar
dejaron pronto cubierto.
De tal prodigio asombrado,
humilde, Pedro, y confuso,
á recoger se dispuso
aquel tesoro sagrado.
Mas, viendo que no podía
tanta riqueza guardar

corrió á su casa á buscar
una caja que tenía.
Volvió, y el santo presente
guardó en ella satisfecho,
y se la puso en el pecho
de rica cinta pendiente.
Luego del Cristo divino
humilde se despidió ;
besó la cruz , y tomó
de la ciudad el camino.
Ya en ella , pudo apreciar
que su codiciado bulto ,
entre aquel pueblo tan culto
era propenso á estorbar ;
pues en estrechos pasajes ,
sin la menor intención ,
pegó más de un tropezón
con ilustres personajes ,
y hasta llegó , por su mal ,
á derribar en la acera
á un Ministro la cartera
y el bastón á un General.
Al fin , de la caja huían
todos , y el grande y el chico ,
del importuno Perico
que estaba loco , decían.
Y él , queriendo poner tasa
á situación tan aleve ,
se dijo : —Pues , lo más breve ,
es dejar el bulto en casa ,
y así ninguno sabrá
si soy creyente ó ateo ;

amén á todo y *laus Deo*,
¿quién conmigo reñirá?---
Mas, luego, su cobardía
conoció, y todo perplejo,
decidió pedir consejo
al Cristo de la Agonía.
Allá se marchó derecho,
en la capilla se entró
y ante el Cristo se postró
llevando la caja al pecho.
Confuso y avergonzado
iba ya á exponer su cuita
cuando la imagen bendita
habló del Crucificado,
y le dijo: —Yo, que leo
en tu corazón, Vicente,
tengo, con dolor, presente
lo indigno de tu deseo.
Si al tesoro que te di
vida cómoda prefieres,
libre, por mi gracia, eres,
puedes dejártelo aquí.
Mas, no olvides, si cobarde
capitulas con el vicio,
que allá, en el postrer juicio,
si me llamas, será tarde.
Esclavos de sus pasiones
los hombres van á la muerte
y habrás de seguir mi suerte
si á su malicia te opones.
Pues sólo porque la luz
les di de santas doctrinas

me coronaron de espinas
y me clavaron en cruz.
Si en tu pecho un santuario
al bien y á la virtud das,
clavado no morirás,
pero tendrás tu calvario;
porque ya el humano enjambre
que en la tierra fructifica,
al justo no crucifica,
lo deja morir de hambre.
Deja la caja, si al suelo
te inclinas y á sus placeres;
si llevar la caja quieres,
mártir subirás al cielo.
Si aquí placer, allí penas,
si allí gloria, aquí pasión,
escoge, por tu elección
te salvas ó te condenas.—
Y añade luego la historia
que cuando al Cristo escuchó,
Pedro la caja abrazó
diciendo: ¡Señor, tu gloria!





La Esposa del Arquitecto.

I

Sobre la clave del puente
que de San Martín se llama
se ve, mirando á Poniente,
en mármol blanco y luciente
el busto de gentil dama.
Quién es, y por que está allí,
dice tradición añeja;
la diré como la oí,
aunque no me conste á mí
lo cierto de la conseja.
No hallaba entonces rival
Toledo, del arte emporio,
y en ella, con pompa real,

era Don Pedro Tenorio
Arzobispo y Cardenal.
La guerra, en tiempo pasado,
aquel puente destruyó,
y el generoso Prelado
reedificarlo mandó
á un arquitecto afamado.
Oro sin tasa vertía
el purpurado magnate;
el tiempo veloz corria,
y al fin, al puente dió un día
el arquitecto remate.
Y al artista el Cardenal
dijo, mirando el portento
de aquel arco colosal:
—A su luz sólo es igual
la luz de vuestro talento.
Eterna vuestra memoria
vivirá de gente en gente,
y alzarán á vuestra gloria
himnos en letras la historia,
himnos en piedras el puente.—
Y el buen pueblo toledano
por las laderas y el llano
afanoso se extendía
y al arquitecto aplaudía
como á genio soberano.
Mudo el artista escuchó
del Prelado las razones,
confuso se retiró,
y el pueblo le acompañó
con vivas y aclamaciones.

II

No bien penetró en sus lares
el arquitecto abatido
y cesó el sordo ruido
de los gritos populares,
sentóse junto á una mesa;
la sien apoyó en la mano,
contemplando absorto un plano
cuyo estudio le interesa.
Y tras largo meditar
exclamó: —¡Mi fama ha muerto!
Mi error, por desdicha, es cierto;
nada me puede salvar.
Sin honra vivir no puedo;
yo las cimbras quitaré
y aplastado moriré
ante el pueblo de Toledo.—
Su faz trastornó el efecto
de mental perturbación
cuando entró en la habitación
la esposa del arquitecto,
que justamente alarmada,
con lágrimas en los ojos,
quiso de aquellos enojos
saber la causa ignorada.
El raudal de su ternura
calmó del artista el duelo

que le mostró, sin recelo,
la causa de su amargura.
—Sólo quien como tú ama,
dijo, sabrá disculparme
cuando se acerque á insultarme
ese pueblo que me aclama.
Un error, ya sin remedio,
hoy en el puente he notado,
dos sillares he trocado
en el gran arco de en medió.
Y de tan torpe manera
ajusté la clave arriba
que todo su peso estriba
en la armazón de madera.
Llegará el fatal momento
en que las cimbras se quiten
y no habrá fuerzas que eviten
un espantoso hundimiento.
Yo me hundiré con el puente;
el Tajo me arrastrará
y mi memoria será
vituperio de la gente.—
Creció en la esposa el cuidado
y el cariño del esposo
que si le amaba dichoso
le idolatró desdichado.
Alma noble en mujer fuerte
que, apenada de escucharle,
ya sólo pensó en librarle
de la deshonra y la muerte.

III

Rueda en nubes oscuras embozada
la noche silenciosa
y duerme en la penumbra sepultada
la ciudad populosa.
Ni una luz, ni un acento, ni un ruido
se mira ni se siente,
sólo el Tajo, de lluvias acrecido,
revélase imponente.
Lentos golpes los ecos dilataron
de doce campanadas,
cuando en una calleja se escucharon
rumores de pisadas.
Sombra ó fantasma que infundir pudiera
al más valiente espanto,
se ve hacia el Tajo descender ligera
envuelta en negro manto.
No le infunde temor la espuma hirviente
que invade la ribera;
audaz llega á tocar del nuevo puente
las cimbras de madera.
Sobre la seca pira resinosa
un líquido derrama,
descubre una linterna misteriosa,
y aplícale su llama.
Y en tanto al pino, con terrible imperio,
el fuego lame y muerde,

huye la sombra con igual misterio
y en las calles se pierde.
Cuando leves reflejos de la aurora
se alzaban en Oriente,
destruída la cimbra protectora
se hundió el hermoso puente.
Nadie logró saber si el inaudito
suceso inesperado,
producto fué de caso fortuito
ó crimen meditado.
Y en tanto el arquitecto se admiraba
del hecho providente
que su vida y su crédito libraba
de un peligro inminente;
con mano liberal de nuevo abría
sus arcaas el Prelado;
llamaba al arquitecto, y disponía
que el puente fuera alzado.

IV

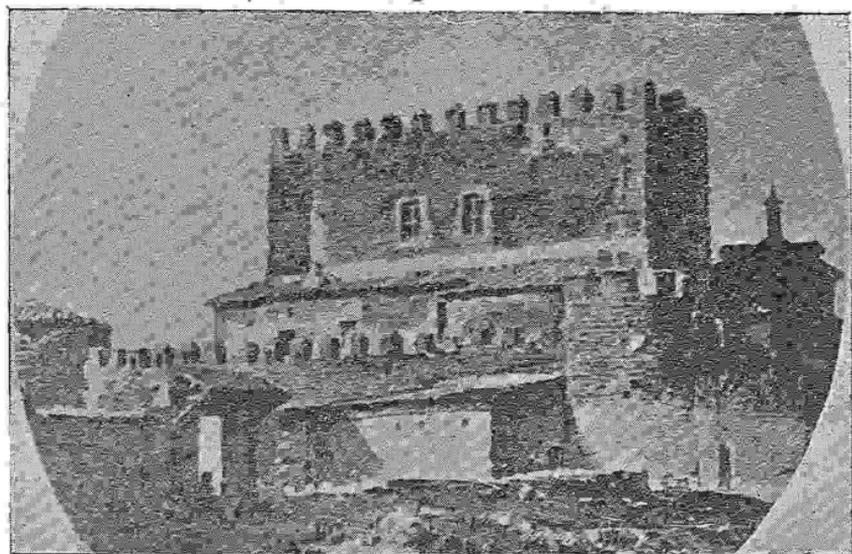
Largos meses pasaron, ya el puente terminaba
cuando al buen arquitecto nueva desdicha hirió,
á la sin par esposa que con el alma amaba
una grave dolencia la vida arrebató.
Ya en su lecho de muerte, con voz desfallecida,
—un secreto, le dijo, te voy á revelar:
yo fui la que una noche, para salvar tu vida,
de San Martín el puente me decidí á incendiar.—

Murió luego, y guardando revelación tan grave,
el buen artista en mármol su busto retrató
y en el arco de en medio, sobre la altiva clave,
con mano temblorosa llorando le fijó.

Tal es de la leyenda la narración curiosa
que yo relato ahora como contarla oi,
si algún lector la juzga conseja fabulosa
abónala el retrato que el puente guarda allí.







El Castillo de Guadalupe

I

Del décimo primer siglo
mediaba el último tercio;
reinaba en Toledo Yáhia,
y en los castillos fronteros
de su reino, que batian
las armas de Alfonso sexto,
destacó jefes bizarros
en bravas lides expertos,
nobles, prudentes, altivos,
de belicoso denuedo,
que en cien batallas probaron
el buen temple de sus pechos.
Entre las negras montañas

que al sur del morisco reino
cierran el paso al extraño
se oculta un valle risueño,
y guardando la garganta
que á su llanura da acceso
se alzaba una fortaleza
cuya defensa y gobierno
por el Rey Yáhia tenía
un bizarro caballero,
de noble sangre nacido,
joven, gallardo y apuesto,
tan bien quisto de los grandes
como querido del pueblo,
y de las moras más bellas
estimado por discreto.
Era su nombre Abenámar;
quien en sus años más tiernos
vió sucumbir á su padre
en un combate sangriento,
y descender al sepulcro,
herida del dolor luego,
á su buena y dulce madre,
quedando en el mundo huérfano
con un hermano, aún más niño,
Hasán nombrado, por bello.
A los lazos de la sangre
unió la desgracia en ellos
nuevos lazos que estrecharon
comunes gustos y el tiempo.
Jamás Hasán y Abenámar
vivir ausentes pudieron;
que en la guerra y en las paces

eran un alma y dos cuerpos.
Aquel era del castillo
lugarteniente primero,
compartiendo con su hermano
la vigilancia y el riesgo
que los tiempos demandaban
de aquellos duros guerreros.
Ningún temor presentían;
nada turbaba su sueño;
que unidos por tales lazos
eran los peligros menos.
Así dichosos vivían,
así los años corrieron,
sin que una nube empañara
la pureza de su afecto.

II

La tarde en calma declina;
el sol corriendo á Occidente
traspone por la colina,
y alegre cruza el ambiente
la parlera golondrina.
Pasó Mayo con sus flores;
vino el otoño templado;
dando sus frutos mejores;
en los huertos, el granado,
y la vid, en los alcores.
De gala viste el castillo;

flámulas y gallardetes
prestan á sus torres brillo,
y del abierto rastrillo
surgen apuestos jinetes.
Lucen en brutos pujantes
bordadas sillas brillantes
con petrales y caireles;
rojos llevan los turbantes
y blancos los alquiceles.
Poniente el sol reverbera
en la dorada estribera;
brillan los frenos de plata,
y desciende la ladera
la lucida cabalgata.
Camina el primero Hasán,
y en diez nevados corceles,
de vivo y noble ademán,
siguiendo sus huellas van
diez arrogantes donceles.
En correcta formación
marcha luego el escuadrón
que Abenámar rige y guía,
cuando otra hueste venía
en opuesta dirección.
Mueve el caballo lozano
de sus donceles seguido
Hasán, galopando el llano,
hasta ponerse cercano
del grupo desconocido.
Y al mirarse frente á frente
de los que van á su encuentro
sintió nublarse su mente.

y salirsele latente
el corazón de su centro.
Y es, que bajo de un turbante
de blancura deslumbrante
se le mostró, de improviso,
el hechicero semblante
de una huri del paraíso.
Flor que en los ricos pensiles
del Betis creció dichosa,
es en sus tiernos abriles
cáliz que puro rebose
en encantos juveniles.
Tez de nieve, dulces ojos
azules, claros y bellos,
labios delgados y rojos,
blondos y largos cabellos
que al mismo sol dan enojos.
¡Quién que la dulzura viera
de su apacible mirada
sospechara ni creyera
que un alma de fuego hubiera
en aquel cuerpo de hada!
Es hija de Aben-Kadia,
noble que en Andalucía
es Alcaide de una fuerza,
y por esposa la envía
al señor de Guadalcerza.
Hasán turbado la mira,
ella se acerca á su lado,
enamorada suspira,
le llama su bien amado
y el pobre joven delira.

Abenámar llega en esto
y del suceso advertido,
á su pesar, frunció el gesto,
pero se repuso presto
pues todo un error ha sido.
Zoraida, la linda mora,
que nunca á Abenámar viera,
conoce su engaño ahora
y se acerca seductora
al esposo que la espera.
Y aunque veló su intención
los afectos que sentía
llevó la equivocación,
á su cara la alegría
y el luto á su corazón.
Burlándose de su error,
al lado de su señor,
al castillo va la hermosa,
donde no la hará dichosa
de Abenámar el amor.
Y en pos de los dos esposos
los dos amigos cortejos
van unidos y vistosos
para celebrar, gozosos,
los preparados festejos.
Ya, de la pasada escena
repuesto Hasán, marcha en calma
con faz alegre y serena,
llevando oculta su pena
en lo profundo del alma.
Las bodas se celebraron
con inusitado brillo;

todos alegres gozaron ;
sólo tristes se miraron
dos almas en el castillo.
La grata fiesta acabó ;
el cortejo andaluz luego
contento se despidió,
y el castillo recobró
su misterioso sosiego.

III

Es el amor magnético fluido
que el alma humana por los ojos bebe,
la embarga, y lleva su ponzoña aleve
al corazón, que se le rinde herido.
Fórmase en él su predilecto nido ;
la sangre inflama que el latido mueve
é inunda todo el ser, que deja en breve,
á sus bárbaras leyes sometido.
Ni yugo sufre, ni razón consiente,
ni el temor le detiene, ni hay abismo
que no salve, con fe siempre creciente.
Encerrado en su pérfido egoísmo,
sólo espera curar el mal que siente
en la insana pasión del amor mismo.

IV

Sintió de ese mal extraño
Hasán la ingrata dolencia
y se propuso en la ausencia
hallar remedio á su daño.
Se fué á la guerra y buscó
en los combates la muerte,
pero, piadosa la suerte
su existencia respetó.
Pasó el tiempo y no pasaba
la dolencia que sentía
porque el mal de quien huía
consigo mismo llevaba;
siendo tal su aberración
que, ya despierto ó soñando,
estaba siempre mirando
la causa de su pasión.
Y, al fin, juzgando locura
que la experiencia desmiente,
al amor que el alma siente
buscar en la ausencia cura;
sintió sus penas crecer
y de la lucha vencido,
como vuelve el ave al nido
pensó al castillo volver.
Allí, se dijo, extasiado
mientras escucho su acento,
si muero de sentimiento
podré morir á su lado.

Luego, resuelto, tomó
en su caballo el camino
y esclavo de su destino
al Guadalerza marchó.
Seis meses han transcurrido
desde que Hasán lo dejara,
y por coincidencia rara
en ese tiempo ha sufrido
Zoraida mal tan cruel,
que por extraña manera
se han trocado en flor de cera
sus mejillas de clavel.
Una nostalgia sombría
dejó su pecho sin calma
y tendió un velo en su alma
de triste melancolía.
No hallaba en su enfermedad
alivio, paz ni reposo,
y alejada de su esposo
buscaba la soledad.
Únicamente olvidaba
aquel doloroso afán
cuando del ausente Hasán
alguna nueva escuchaba.
Y Abenámar que notó
aquel extraño cuidado,
con el pecho destrozado
amargos celos sintió;
y entre prudente y confuso
acordó disimular
su desdicha, y á esperar
los sucesos se dispuso.

Así las cosas, un día
de Marzo, triste y lluvioso,
cuando con rostro medroso
el sol su luz escondía,
al Guadalerza llegó
un bien armado guerrero
que con acento altanero
á la poterna llamó.
Era Hasán, y al conocerle
sus antiguos servidores
por patios y corredores
todos salieron á verle.
Oyó Zoraida gozosa
la nueva de la llegada
y á un ajimez asomada
le saludó cariñosa.
Y cuando fué del suceso
Abenámar avisado,
se sorprendió, contrariado
del imprevisto regreso.
Pero, prudente, ocultó
el enojo que sentía,
buscó á Hasán, fingió alegría
y en sus brazos le estrechó.
A Zoraida se reunieron;
y en el castillo después
¡cuántos afectos los tres
ocultaron y fingieron!
Que en mentida confianza
moraban bajo su techo
con la borrasca en el pecho
y en el rostro la bonanza.

V

Fué recobrando de Zoraida hermosa
la tez de nieve y rosa
sus antiguos colores y alegría;
de Hasán al corazón volvió la calma;
sólo creció en el alma
de Abenámar la duda que sentía.
Ya dormido soñara, ya despierto,
por el contorno incierto
de un horrible fantasma perseguido
ciego y celoso se creyó burlado,
por su hermano engañado
y por la esposa que adoró vendido.
Trocóse su carácter apacible
en brusco é irascible;
velaron sombras su semblante adusto;
vió en Hasán un rival siempre en acecho
y herido del despecho
trató á Zoraida con rigor injusto.
Ella, infeliz, esposa sin ventura,
devoró la amargura
que el contrario destino le ofreciera,
viendo crecer el fuego miserable
de aquel amor culpable
que en hora infausta por Hasán sintiera.
Ya del trato del joven separada
en su cuarto encerrada

por orden de Abenámar residía,
hiriendo el aire con lamentos vanos,
mientras los dos hermanos
se odiaban con más fuerza cada día.
Tanto como Abenámar indiscreto,
falto Hasán de respeto,
con altiva fiereza se miraban,
que si el uno de amor enloquecía,
el otro se moría
de los celos que el alma le abrasaban.
Aumentaba de Hasán el sufrimiento,
más que el propio tormento,
la prisión de Zoraida, y atrevido,
queriendo poner fin á sus afanes,
iba tejiendo planes
que burlaba la astucia del marido.
Cansado al fin, sin freno ni cordura,
no hallando en su locura
medio de hablar ni ver á la que amaba,
al pie del ajimez donde vivía,
una noche sombría
dulce guzla pulsó y así cantaba.

VI

Bellísima castellana
en cuya frente lozana
se refleja la mañana
con su máspreciado albor;

oye los cantos de amores
con que llora tus rigores
al pie de tus miradores
un rendido trovador.
Abre ya tu celosía
y escucha la guzla mía
que hará con dulce armonía
tu pecho de amor latir;
óyeme, ninfa hechicera,
esbelta y gentil palmera,
cuya rubia cabellera
envidia el oro de Ofir.
Salga á calmar mi querella
de tus ojos la luz bella,
que no hay un sol ni una estrella
que compita con su luz;
hurí de labio riente,
hija del Betis luciente,
rica perla del oriente,
maga del suelo andaluz.
Pluguiera no conocerte
cuando al dolor de no verte
aún puede añadir la suerte
otro tormento mayor;
si al fin de mi amante empeño
ha de gozar otro dueño
las venturas con que sueño,
el morir fuera mejor.

VII

Llevó pausado el viento
las suavísimas ondas de armonía
que arrancaba del músico instrumento
la mano que lo hería,
y huyó, cruzando la región vacía,
del tierno trovador el dulce acento.
Reinó el silencio luego
y en solemne reposo sumergido
el castillo quedó; letal sosiego
sepultaba la vida en hondo olvido
y nadie sospechara
que hubiera un ser entre sus negros muros
que de amorosas trovas se cuidara.
Mas, allá en los oscuros
huecos de un ajimez, blanca figura
fantástico contorno dibujaba,
dejando percibir, mal reprimidos,
sollozos de amargura,
que la canción, del pecho le arrancaba.
Y de una enhiesta almena
en la sombra velado, verse pudo,
dominando la escena,
un rostro torvo, descompuesto y mudo
que en largo acecho con afán seguía
cuanto al pie de la torre sucedía.
En los ángulos huecos

del solitario patio resonaron
los misteriosos ecos
de los pasos de Hasán, que se alejaba,
del ajimez las puertas se cerraron
y el hombre que espiaba
en las altas almenas escondido,
un profundo gemido
ronco, cual grito de salvaje fiera,
arrancó de su pecho cavernoso
y se hundió, silencioso,
en la entrada de lóbrega escalera.
Pasó breve la noche,
y apenas en Oriente la mañana
tímida abrió su pudoroso broche
de rosicler y grana,
cuando una trompa de marciales sonos,
por expreso mandato del caudillo,
á la plaza desierta del castillo
llamó de la mesnada los peones.
Muy pronto congregados
se vieron descender por la pendiente,
de Abenámar regidos y guiados,
y no bien la corriente
atravesaron del cercano río
se detuvieron en el verde llano,
junto á una fuente que entre lirios brota,
y allí, con hábil mano,
un alarife delineó el cimiento
de una casa de bellas proporciones
cuyas robustas tapias y machones
en breve alzaron, con oculto intento.
Cuando vió concluido

su proyecto Abenámar, más humano,
dió un instante sus penas al olvido,
á la nueva mansión llamó á su hermano
y allí, á solas, le dijo conmovido:
—Sólo el recuerdo santo
de la mujer piadosa
que amante y casta nos llevó en su seno,
pudo en mi pecho tanto
que á mi pasión celosa
sedienta de tu sangre puso freno.
Aún eras débil niño
cuando en el duro trance de la muerte
te estrecharon sus brazos con cariño,
y angustiada, temiendo por tu suerte,
volvió á mí su semblante moribundo
y, con voz que apagaba la agonía,
me dijo: «Ya en el mundo
huérfano y sólo queda, tú, su guía,
faltando yo, serás y su consuelo;
mi tierno Hasán á tu cuidado fio;
ampáralo, hijo mío,
y te dará su bendición el cielo.»
Cumplí fiel, y á tu vida
desde entonces mi amor he consagrado;
tu conciencia, de cómo me has pagado,
respuesta, acaso, te dará cumplida.
Por nuestra santa madre te perdono
el daño que me has hecho;
de hoy más, ahogado quedará en mi pecho
de mis amargos celos el encono.
Pero, nunca profanes
mi perturbado hogar con tu presencia.

ni provoquen mis iras tus desmanes;
aquí tu residencia
tendrás lejos de mí, sin atreverte,
ya te impulse el amor ó ya el hastío,
á indagar los problemas de mi suerte,
y piensa bien que encontrarás la muerte
si cruzas la corriente de ese río. —
Inmóvil y turbado
quedóse Hasán, sin proferir respuesta;
y al recobrar su natural estado,
vió la grave figura del caudillo
alejarse, subir la agreste cuesta
y entrar por la poterna del castillo.

VIII

Creció en Hasán el tormento
de aquel amor infinito
cuando en su conciencia el grito
se alzó del remordimiento.
Presa de extrañas visiones
en su retiro vivía
entregado noche y día
á tristes meditaciones.
Pasaba el tiempo, y sus penas
sólo se calmaban cuando
se extasiaba contemplando
del castillo las almenas;
que á través de su locura

en ellas soñaba ver
el rostro de una mujer
de celestial hermosura.
La noche le sorprendía
en tan penosa ansiedad
y en su negra obscuridad
cual sudario le envolvía.
No alcanzó poder bastante
al tiempo la ausencia unida
para restañar la herida
de aquel corazón amante.
Y al fin, llorando su suerte,
sintió de la vida tedio,
sin hallar otro remedio
á sus males que la muerte.
Logró, mientras tanto, el alma
de Abenámar olvidar
sus celos, y halló en su hogar
si no la dicha, la calma.
Y en su condición mudable
pensaba tan diferente,
que ya juzgaba inocente
á la que creyó culpable.
Halló Zoraida piedad
en el ofendido esposo
que le otorgó generoso
la perdida libertad;
dando con esto ocasión
al amor, que estaba alerta,
á penetrar por la puerta
que abriera la compasión.
Hábíl mujer, esgrimía

sus gracias más seductoras
en cuyas redes traidoras
preso Abenámar vivía.
Nada en ella revelaba
de amor oculto el tormento
y él á su lado contento
del peligro se olvidaba.
Nunca, la bella, tomó
de Hasán el nombre en los labios
y el esposo sus agravios
á perdonar se inclinó.
Juzgó que sacar debía
á su hermano del destierro
en que purgando su yerro
un año pasado había;
pero, del mal conjurado
temió la vuelta, y dudó,
á tiempo que recibió
del Rey un pliego cerrado.
Yáhia, con frases que el miedo
dictó, —venid, le decia:
todo su poder envía
Castilla contra Toledo.
Corred, que en bélico apresto
arde la ciudad, ganosa
de abatir la enseña odiosa
del ingrato Alfonso sexto.—
Sintió Abenámar hervir
la sangre en sus venas, fiero,
tomó sus armas ligero
y se dispuso á partir.
Llamó á Osmán, viejo soldado,

y así le dijo: —En mi ausencia,
de tu valor y prudencia
todo lo dejo fiado.

Guarda el castillo, vigila
á Hasán y á Zoraida cela;
de sus pasos, siempre en vela,
Argos será tu pupila.

Adiós; y ten la certeza
que si la fe que te abona
torpe ó infiel me traiciona,
responderá tu cabeza.

IX

Partió el noble Capitán
y á sus razones perplejo
y aturdido quedó Osmán,
porque el cariño de Hasán
era la dicha del viejo.

Le vió nacer, y á su lado
huérfano luego creció,
de dulces goces privado,
y el fiel y rudo soldado
cual tierno padre le amó.

A su cariñoso celo
debió Hasán en su mansión
muchas horas de consuelo,
que disipaban el duelo
de su triste corazón.

Siempre disculpar sabía
los más absurdos errores
en que el joven incurría,
y de Abenámbar tenía
por injustos los rigores.
Fué la imprevista mudanza
rayo de dulce esperanza
para el corazón de Hasán,
que vió trocarse su afán
en aurora de bonanza.
Pintó con vivos colores
á Osmán su infeliz historia;
le ponderó sus dolores,
é invocó de sus mayores
la respetada memoria.
Aumentaba la violencia
de aquella pasión vehemente
del buen Osmán la imprudencia,
llevando á Hasán, con frecuencia,
nuevas de Zoraída ausente.
Él mismo llegó á olvidar
el peligro que corría,
y el joven pudo apreciar
que al seducirlé, tenía
poco camino que andar.
Discreta y artificiosa
fué, mientras tanto, la hermosa,
explotando con cautela
la sencillez candorosa
de su viejo centinela.
Débil con Zoraída y blando
con Hasán, fué su indiscreta

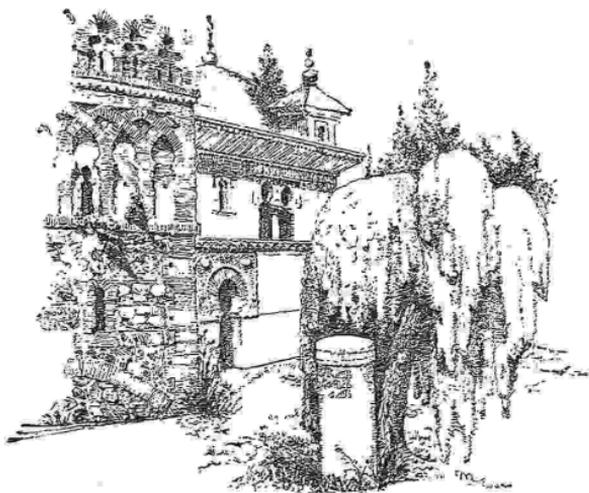
conducta, tal fruto dando,
que concluyó tolerando
una entrevista secreta.
Llegó la noche esperada
y Hasán, con paso seguro,
buscó, por senda excusada,
cierto postigo del muro
que al castillo daba entrada.
Abrió, temblando, la puerta;
en el patio silencioso
penetró, con planta incierta,
subiendo, al fin, cauteloso,
una escalera desierta.
Transcurrió, breve, un instante,
cuando, por el lado opuesto,
en un potro jadeante,
trepaba el agrío recuesto
un caballero arrogante.
Al pie del muro llegó
con el potro de la brida
y al centinela llamó,
que á una seña convenida
la entrada le franqueó.
El mismo Abenámar era
que al entregarle el bridón
le dijo, calla y espera;
tomando sin dilación
la entrada de la escalera.
Sufrió, cuando estuvo ausente,
tan pavorosos desvelos,
que en su perturbada mente
siempre llevaba presente

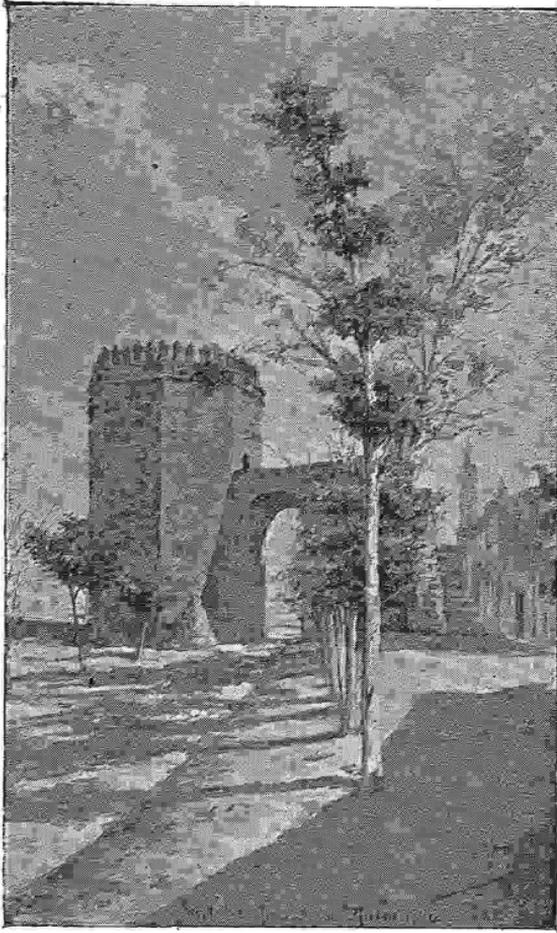
el fantasma de sus celos.
Faltóle calma y aliento
para sufrir el tormento
de aquel bárbaro martirio
y en alas de su delirio
se ausentó del campamento.
Quiso por sus ojos ver
si la hechicera mujer
que con el alma quería,
sumisa estaba al deber
ó perjura le vendía.
Nadie vió por las calladas
estancias cruzar su sombra,
ni en las bóvedas cerradas
dejó resonar la alfombra
el eco de sus pisadas.
Exploraba precavido
en las tinieblas medrosas,
cuando percibió su oído
un vago rumor perdido
de palabras misteriosas.
Creyó que á sus pies faltaba
la tierra cuando avanzaba
mudo, pálido y absorto,
con paso trémulo y corto
á donde el rumor sonaba.
De un aposento la puerta
traspasó, y á los distintos
rayos de una luz despierta,
sus ojos en sangre tintos
vieron su desdicha cierta.
Rugió como tigre fiero;

en su mano poderosa
febril empuñó el acero,
y al corazón de la esposa
dirigió golpe certero.
Hasán, con noble osadía,
detuvo el brazo á su hermano,
mientras turbada, sin guía,
la infeliz Zoraída huía
presa de delirio insano.
Subió la estrecha escalera
de una torre, siempre viendo,
en fantástica quimera,
detrás, sus pasos siguiendo,
al marido que vendiera.
A las almenas llegó
y cuando cerca miró
aquel fantasma celoso,
saltó de la torre al foso
donde la muerte encontró.
Cuando huyó la infeliz mora,
Hasán, con valor sereno,
le dijo á su hermano: —Ahora
hunde la punta en mi seno
de tu espada vengadora.
Si sed de sangre te aqueja,
en mí venga tus agravios,
que si tu mano me deja
sin vida, no habrá en mis labios
ni un suspiro ni una queja.
—Para saciar la sed mía,
Abenámar respondía,
hay poca sangre en tus venas;

larga será tu agonía
como son grandes mis penas.—
Llamó la guardia y severo
llevó al aturdido mozo
á su mansión prisionero;
asegurando primero
á Osmán en un calabozo.
Luego, por experta mano
y con aviesa intención,
hizo grabar, inhumano,
una fúnebre inscripción
con el nombre de su hermano.
Llevóle á Hasán, diligente,
la escrita piedra, y le dijo:
—Aunque tu amor no consiente
en que estés aquí, de fijo,
que estarás eternamente.—
Salió, dejando cerrada
la puerta, y á la mesnada
ordenó con imperioso
acento, que sin reposo
fuera la casa enterrada.
Cumplióse con tal porfía
aquel feroz sacrificio
que cuando el sol se ponía
sólo un cerro se veía
donde estuvo el edificio.
Luego en la cumbre se vió
también un suplicio alzado
y en él su culpa expió
el buen Osmán, que expiró
inhumanamente ahorcado.

Mudo silencio y tristura
en las gentes del castillo
extendió la noche obscura,
mientras tomaba el caudillo
su caballo y armadura.
Partió sin más compañía
y á la luz del nuevo día
vió, desde un monte cercano,
que ya á Toledo ceñía
el ejército cristiano.
Falto de seso y cordura
entrar quiso por la fuerte
línea, y halló en su locura,
en una lanza la muerte
y en el Tajo sepultura (2).





La Torre de la Malmuerta

I

Hay en Córdoba una torre
llamada de la Malmuerta
cuyo origen se remonta
á cinco siglos de fecha,

y á la cual dieron el nombre
que, como entonces, hoy lleva
en memoria de un suceso
que á la gente cordobesa
llenó de espanto y de luto
según las crónicas cuentan.
Reinaba el tercer Enrique
en Castilla, y por su Alteza
la noble ciudad regía
un Conde de edad proveccta,
cuyo escudo, no heredado,
con tenantes y cimaras
de su dueño pregonaba
el valor y las proezas.
Jugó al veterano Conde
el ciego amor mala treta
y locamente prendado
de Doña Clara de Herrera,
joven que si cumplió quince
los veinte mayos no cuenta,
casó con ella, olvidando
aquel adagio que enseña
que unión de viejo y de niña
graves peligros encierra.
Era la joven esposa
tan recatada y honesta
que nunca halló la malicia
punto vulnerable en ella.
Mas, como á un viejo marido
bastan sus propias flaquezas
para ver en todas partes
celos, dudas y sospechas,

fueron en el matrimonio
las dichas tan pasajeras,
que si el alba las vió vivas
la noche las lloró muertas.

II

Marchitas las rosas
del semblante bello,
rojas las pupilas
del llorar sin cuento,
perdonando ofensas
que injustas la hirieron,
la infeliz esposa,
con amante empeño,
le juraba al Conde,
una vez y ciento,
que nunca turbaron
su tranquilo pecho
sombras ni fantasmas
de impuros deseos.
Sus frases sencillas,
su rostro sereno
do el candor rielaba
como en limpio espejo,
su voz persuasiva,
su dolor intenso,
eran para el alma

de su ingrato dueño
disimulos torpes
de pecados ciertos.
Y el tiempo pasaba
con rápido vuelo,
y aquellos deslices,
jamás descubiertos,
tan hondo turbaron
del Conde el cerebro,
que, el freno perdido
de humanos respetos,
tan sólo anhelaba
sacar del misterio
la oculta, hasta entonces,
razón de sus celos.
Llegó á su noticia
que al cabo del pueblo
en calle apartada
de mísero aspecto,
moraba una vieja
que en artes secretos
trataba, encontrando,
con mágico acierto,
la clave escondida
de ocultos sucesos.
Envuelto en su capa,
calado el sombrero,
cuando ya tendía
sus crespones negros
la callada noche,
penetró en silencio
por el paso obscuro

de un portal estrecho
solitario el Conde:
se acercó resuelto
á una angosta puerta,
llamó y desde dentro
—¿quién es? preguntaron.
—Soy un caballero
que hablaros pretende,
dijo aquél, y luego
por la entrada lóbrega
del postigo abierto
penetró en la estancia;
cerraron de nuevo,
y en silencio triste
se quedó desierto
el recinto obscuro
del portal estrecho.

III

Conducido el Conde
por la mano de negra criada,
cuyo cano y motoso cabello
de sus años la suma delata,
llegó hasta una puerta
á través de la cual se escapaba,
con tenues reflejos,

acre tufo de cera quemada.

—Entrad, dijo aquélla,
y esperad, que vendrá sin tardanza
mi dueña y señora.—

Y alejóse, dejando cerrada
la puerta, y el Conde
se halló en una estancia
de muros enanos,
de bóveda chata,
revestida de negras bayetas
y en ellas pintadas
toscamente, de negro y pajizo,
calaveras y tibias humanas,
signos misteriosos,
animales de formas extrañas,
inmundos reptiles,
de beleño simbólicas plantas,
y trepando, sutil y asquerosa,
por do quiera, la vil salamandra.
Cuatro velas de cera amarilla,
humeando y ardiendo rehacias,
la estancia medrosa
entre luz y tinieblas dejaban.

Valiente era el Conde,
mas, sintió, con visión tan ingrata,
vacilar, de estupor, un instante,
el sereno valor de su alma.

Repuesto ya y solo,
sin temor á pueriles patrañas,
fué leyendo los rótulos breves
de redomas, y frascos, y cajas
que, en orden perfecto,

de paredes y techos colgaban.
Espinas de erizo,
de la hiena feroz las entrañas,
viboreznos de chatas cabezas,
de la arpía la lengua y las alas,
ceniza del fénix,
de la nutria los pies y la grasa,
del caimán los sesos,
del tejón la garra,
del mortal basilisco la cola,
de la sierpe cabeza y escamas,
veneno de áspid
que súbito mata,
del lince los ojos,
del ciervo la taba,
del ahorcado la soga y las uñas,
la piedra que guardan
en su nido las águilas negras
y del perro rabioso la baba.
Opio, belladona,
beleño, mostaza,
ruda, adormideras,
mandrágora, salvia,
belesa, cicuta,
marrubios, algalia,
hierba mora, romero, melisa,
cebolla albarrana,
con mil untos y filtros dispuestos
por el arte y saber de la maga.
De improviso aquélla,
cual si oculto poder la evocara,
se presenta al Conde

que paróse, suspenso, á mirarla.

Era una morisca
de cetrino color, y en su cara
las huellas del tiempo
muy visible dejaron su marca.

Túnica amarilla
con simbólicas letras bordadas,
al talle sujeta
por cintillo que sedas esmaltan,
de mangas perdidas
y arrastrando la cola, no escasa,
con negra coroza
que el nevado cabello ajustaba,
tal era su traje;

y en la mano varilla de plata,
talismán de secretas virtudes,
á un anillo con arte engarzada.

Sentóse en un trípode,
murmuró misteriosas palabras
y, hablad, dijo al Conde,
la sibila propicia os aguarda.

IV

Se acercó el Conde altanero
la mano puesta en la daga
y, —sabad, dijo á la maga,
lo que busco y lo que quiero.

Yo aquí buscando he venido
la verdad de cierto arcano,
si la descubre esa mano
sabré ser agradecido.
Oro os daré á manos llenas;
mas, si llegáis á engañarme,
no ha de bastar á pagarme
la sangre de vuestras venas.
Casé con joven señora
y desde aquel mismo instante
sólo he visto en su semblante
huellas de que sufre y llora.
Aunque dice que me ama
con mucha duda lo creo;
que no es feliz, bien lo veo
por el llanto que derrama.
Pero, me falta saber,
y en eso estriba mi empeño,
si tiene más grato dueño,
que, al fin, mi esposa, es mujer.
Decidme, pues, la verdad,
que, feliz ó desdichado,
quiero salir de este estado
de dudas y de ansiedad.—
Tomó un tazón la hechicera
lleno de un líquido rojo
en que nadaba á su antojo
una astilla de madera.
Luego, una vela amarilla
de las que estaban ardiendo,
entregó al Conde, diciendo:
—Echad gotas en la astilla.

Y si llegáis á contar
el número que imaginó
cuando en este pergamino
yo un signo llegue á trazar,
será favorable indicio,
y así, contad con cuidado.—
Mas, no bien hubo acabado
la pitonisa su oficio
cuando contó treinta y tres:
—Basta, dijo la hechicera;
propicio sobremanera
el oráculo nos es.
Sentáos junto á esta mesa
de este espejo cara á cara
y en él, de manera clara,
veréis cuanto os interesa.
Bebed este filtro ahora,
y á su mágico poder,
sabréis si vuestra mujer
os engaña ú os adora.

V

Sentóse el Conde, y luego que el filtro hubo bebido
fijó en aquel espejo mirada y corazón;
allá, en su limpio fondo se vió reproducido,
sin que otra cosa alguna llamara su atención.

Poco á poco sus miembros en laxitud creciente
perdieron la energía de su calor vital;
sopor irresistible cayó sobre su frente,
latiendo sus arterias con ritmo desigual.
Sus ojos dilatados inmóviles seguían
clavados en la luna de aquel espejo infiel;
objetos, luz y sombra reunidos confundían;
todo pasaba ante ellos confuso y en tropel.
Luego, en tranquila calma, como cadáver yerto,
en lánguido colapso todo su ser quedó,
en tanto que en su mente juzgaba ver despierto
que el fondo del espejo más claro se mostró.
Y vió una rica sala cuyos objetos varios
puertas y colgaduras creyó reconocer,
y cifras enlazadas en sillas y en armarios
donde su propio nombre pudiérase leer.
Y una mujer hermosa también aparecía
en lánguido abandono cabe gentil galán;
mentidas ilusiones que el filtro producía
en el tenaz delirio de su celoso afán.
Y el Conde estremecido reconoció en la bella
que así le traicionaba la esposa á quien amó,
y en el apuesto joven que allí estaba con ella
algún rostro, no extraño, que en otra parte vió.
Tremenda sacudida sus nervios dispararon
ya libres del efecto de aquel filtro ruin,
sus miembros lentamente la vida recobraron
y á su normal estado miróse vuelto al fin.
Todo cuanto en el sueño, por su desdicha viera,
lo reputó por cierto, rugiendo de dolor;
un repleto bolsillo dejóle á la hechicera,
corriendo á su morada cual ángel vengador.

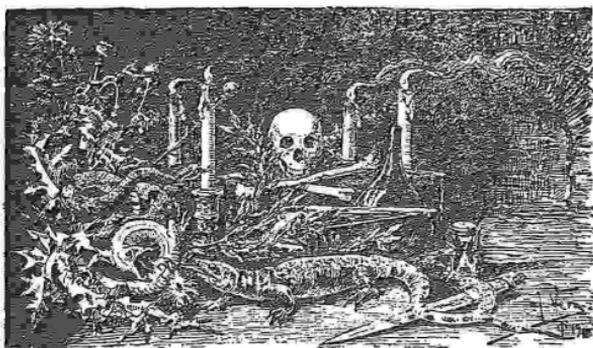
Subió loco á la estancia de la infeliz Condesa
que aún le esperaba, sola, rezando en un sitial;
rezo que ahogó en sus labios la criminal sorpresa
garganta y pecho heridos del rápido puñal.
Pronto sembró el espanto el crimen inaudito
que fué de boca en boca corriendo la ciudad;
prendieron luego al Conde por tan atroz delito
pidiendo al Rey castigo sin tregua ni piedad.
El pueblo todo quiso rendir de amor tributo
á la infeliz esposa que al seno de Dios fué,
y nobles y plebeyos vistiéronse de luto
hasta que sobre el crimen el Rey su fallo dé.

VI

No tardó el Rey Don Enrique
en conocer la tragedia
que arrebató en flor la vida
á Doña Clara de Herrera,
y queriendo de su celo
en todas partes dar muestra,
corrió á juzgar por sí mismo
á un miembro de la nobleza
que manchó su nombre y fama
de tan criminal manera.
Arribó, tras breves días,
á la ciudad cordobesa,

y abierto, al punto, el juicio,
que abonaba su presencia,
examinados despacio
los testigos y las pruebas,
no habiendo duda ni sombra
que empañara la inocencia
de la infeliz Doña Clara,
y visto que si fué muerta
por el Conde su marido
éste fué víctima ciega
de los celos, avivados
por artes de una hechicera,
vengando así su deshonra
que, aunque en sueños, miró cierta;
presentes los acusados,
dictó el Monarca sentencia.
A la morisca, culpada
de practicar magia negra,
siendo la causa del crimen,
se la condenó á la hoguera.
Y al Conde le dijo el Rey.
—Vuestra esposa fué mal muerta,
en castigo de tal culpa
hundiréis vuestra vivienda
y allanando los escombros
se alzará, á vuestras expensas
en el solar una torre,
tan robusta como bella,
y será mudo testigo
que á las gentes venideras
contará vuestras desdichas
pregonando mi clemencia.

Y para que unidos vayan
estos sucesos á ella,
se llamará desde ahora
la TORRE DE LA MALMUERTA (3).





La Piedra Escrita.

Es una curiosa historia:
tan sólo nos queda de ella
una confusa memoria,
un cerro junto al Marbella
y una inscripción mortuoria.
Ya veinte siglos lejana
va la fecha de mi cuento,
cuando, frente á Baniána,
el cerro prestaba asiento
á la *Iponombia* romana.
Octavio el mundo regia,

que á larga paz dió su nombre,
el genio del mal dormía
y á recibir al Dios Hombre
la tierra se disponía.

Pueblo Iponombia pequeño
cuya frente cobijaba
un cielo siempre risueño,
la vida en él resbalaba
como delicioso sueño.

Moraba allí la doncella
Vibia, de sangre patricia,
muý celebrada por bella,
aunque nunca fué propicia
fortuna en bienes con ella.

Pasó sus años mejores
oyendo el ruego importuno
de rendidos amadores,
sin que lograra ninguno
el premio de sus favores.

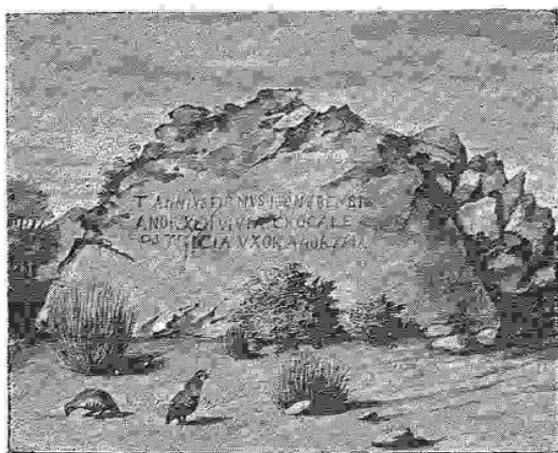
¿No amaba Vibia? Sí amaba;
mas, cuidadosa el secreto
de su cariño guardaba,
que era un esclavo su objeto
y amando se deshonraba.

Tito, que siervo nació,
robaba su pensamiento;
hacerle libre soñó,
mas, era pobre, y su intento
nunca de sueño pasó.

Marchita ya su belleza
y loca de amor, al cabo
hizo, con brava entereza,

renuncia de su nobleza
y esposa fué del esclavo.
Mas, pronto su aberración
lloró Vibia arrepentida,
que en su marital unión
quedó sierva de por vida
y esclava su sucesión.
Su dolor no tuvo igual
cuando del amo brutal
conoció el bárbaro empeño
de ser, á su antojo, dueño
de su lecho conyugal.
Invocó la ley en vano;
que el legislador romano
tan inicuas las hacía,
que el siervo allí no tenía
ni la condición de humano.
Sintió de la vida horror
y en su altivez, digna esposa,
quiso morir con valor
antes que mancha afrentosa
cayera sobre su honor.
Llegó la noche callada
y al irse con Tito al lecho,
dándole ejemplo esforzada,
exclamó, hiriéndose el pecho,
¡Muera Vibia y muera honrada!
Al verla Tito morir
sintió radical mudanza,
nueva luz miró lucir,
y dijo: —¿por qué sufrir,
si así libertad se alcanza?—

Besó luego el rostro inerte
de Vibia, tomó sereno
el puñal que la dió muerte,
tu suerte, dijo, es mi suerte,
y lo sepultó en su seno.
El pueblo, á piedad movido,
dió á los dos un solo entierro,
y tan respetado ha sido
que aún vemos al pie del cerro,
en viva peña esculpido,
un letrero singular
que sus nombres acredita,
y hoy, la fosa y el lugar
se llaman: LA PIEDRA ESCRITA
y el CERRO DEL MINGUILLAR (4).





Una Deslealtad y un Reto

I

Ven, siglo décimoquinto,
el de los grandes portentos,
tú, que á mi Patria dejaste,
en uno y otro hemisferio
de glorias y de riquezas
inventario tan extenso
que la vida de tus hijos
fué corta para leerlo;
ven á ver cuán miserable
expira tu tercer nieto
que ni aun deja lo preciso
para pago de su entierro.

No esperes que le amortajen
á guisa de caballero
con cincelada armadura
y guantelete de hierro
sujetando la ancha espada
á lo largo de su cuerpo.
Ni oirás de sordos clarines
notas que rasguen el viento,
ni crujir de roncós parches,
ni tronar de bronces huecos.
Llevará á la sepultura
ceñido traje flamenco,
flor al ojal, abanico
y coleta de torero.
De golfos y de chulapas
le seguirá gran cortejo
cantando *El Santo de Isidra*
y *La Vuelta del Vivero*.
Echado en la común fosa
mi Patria, por mausoleo
le dará, mofa y olvido,
maldiciones y desprecio.
Ven, tú, siglo de las glorias,
y de los hermosos cuentos
que anécdotas y noticias
nos guardan de tus guerreros,
uno dime, que entretenga
la sed que siente mi pecho
de cosas grandes, que hoy busco
y en ninguna parte veo.
De aquel valeroso y noble
Conde de Cabra, que al cuello.

de Boabdil echó en Lucena
la cinta del prisionero,
refiéreme por qué causas
en un castillo sujeto,
por largos meses, le tuvo
otro magnate, que luego
no acudió á dar del agravio
satisfacción en el reto.
¿Fué felón aquel magnate?
Ni lo afirmo ni lo niego;
que los felones han sido
fruto de todos los tiempos,
aunque en tus gloriosos días
eran, por fortuna, ellos
tan escasos, como han sido
en otros siglos los buenos.

II

Capitán acreditado
de valiente y aguerrido,
de la envidia corroído,
de la soberbia picado;
nada celoso en guardar
del honor el santo fuero,
dicen que fué el caballero
Dón Alonso de Aguilar.
Gozar el favor del Rey
y en la andaluza comarca
no encontrar Feudo ni Marca

que no sufriera su ley,
fué de su insana ambición
el más halagado sueño,
que, á veces, hizo pequeño
y falso su corazón.

Frontero de sus estados,
deudo suyo y gran caudillo,
de inexpugnable castillo
tras los muros almenados,
un digno Conde moraba,
espejo de la nobleza,
cuyas glorias y riqueza
el de Aguilar envidiaba.
Conde amado de su grey,
de los grandes respetado
y de mercedes colmado
por la voluntad del Rey.

Un nuevo favor real
acreció su valimiento
sumando un nuevo tormento
á su vecino y rival,
que, despechado y celoso,
por envidia de tal gloria,
manchó su nombre y su historia
con un hecho deshonroso.

Del bravo Conde heredero,
de caballeros dechado,
sin segundo en lo esforzado,
en gentileza el primero,
era Don Diego; un doncel
que de la sangre agarena,
hizo, más tarde, en Lucena,

alfombras á su corcel.
A este varón singular,
con estudiada perfidia,
hizo blanco de su envidia
el rencoroso Aguilar;
é invitándole, traidor,
á su fortaleza un día,
donde una fiesta se hacía
de otra persona en honor;
le sentó á su mesa, y luego,
como un bandido ruin,
en la sala del festin
hizo prender á Don Diego.
En una torre encerrado,
por largos meses, le tuvo,
hasta que, á su antojo, obtuvo
promesa del secuestrado
de darle compensaciones
si en libertad le ponía;
cuantas Aguilar pedía
con especiosas razones;
jurando el buen caballero
que, si á su pacto faltaba,
á retornar se obligaba
al castillo prisionero.

III

Allá en la rica Baena
y en una lujosa estancia

de aquel castillo, que mira
á sus pies volar las águilas,
sobre un sillón de respaldo,
que entre primorosas tallas
ostenta en altos relieves
las nobilísimas armas
de los Fernández de Córdoba,
reposa el Conde de Cabra.
Su brazo diestro, doblado,
en el del sillón descansa
y apoya la noble frente
sobre la rugosa palma.
Ropilla de luto viste,
y las sombras de su cara
dicen bien, cuán tristes sean
los pesares que le embargan.
Pensando está en aquel hijo,
gloria y honor de sus canas,
que preso en obscura torre
un miserable maltrata,
cuando, abriéndose la puerta,
vió, con sorpresa que arranca
dos lágrimas á sus ojos,
á aquel hijo de su alma,
sano y libre, que á su cuello
los fuertes brazos enlaza.
Contó, Don Diego, á su padre
de aquella su prisión larga
detalles, que el noble viejo
oyó trémulo de rabia,
y al conocer el rescate
que, con mengua de su casa,

por dejar libre á su hijo
Don Alonso le reclama,
y el sagrado juramento
y la solemne palabra
que exigió al joven cautivo
de retornar, sin tardanza,
á la prisión, si aquel pacto
el Conde no cumple y guarda;
alzó sentida protesta
de la conducta villana
del de Aguilar, y la expuso
ante el trono del Monarca,
para que la real justicia
árbitra fuera en su causa.
Examinó el Cuarto Enrique
las pruebas de la demanda
y declaró nulo el pacto,
relevando, por su gracia,
del juramento á Don Diego,
que sin volver al Alcázar
de Aguilar, cobró su honra
de caballero sin tacha.
Ya libre, Don Diego, y suelto
de compromisos y trabas,
acudió como valiente
al terreno de las armas,
escribiendo sus agravios
en el hierro de su lanza,
donde lavarse pudieran
con sangre de las entrañas
de aquel felón, su enemigo,
á quien con un paje manda

un cartel de desafío
donde de infame le trata
y á fiera lucha de muerte
en campo neutral le emplaza.
Llegó á noticia del Rey
el nuevo giro que daban
aquellos nobles inquietos
á discordias, que las plazas
fronterizas dividían
con peligro de la Patria,
y bajo terribles penas
de deshonor y de infamia
les prohibió que en los dominios
á donde su cetro alcanza,
ni en ciudad ni en campo yermo,
para reñir se juntaran.
No desmayó el de Baena,
y buscando tierra extraña
donde luchar, fué á pedirla
al Rey moro de Granada,
Muley Hacén, que á tal ruego,
vino pronto en otorgarla
en su corte, señalando
para una fecha cercana
la celebración del reto;
y luego, por nueva carta,
hizo al de Aguilar Don Diego
saber cómo le esperaba,
en el convenido día,
ante la corte africana,
bajo el asilo seguro
de la regia salvaguardia.

IV

—Sultana de Andalucía
que Muley Hacén adora,
prez de la caballería;
¿por qué galas, á porfía,
hoy viste tu corte mora?
¿A qué festejos, no oídos,
tus damas y caballeros,
de seda y oro vestidos,
se encaminan, asistidos
de esclavas y de escuderos?
¿Por qué dejan su morada
tus augustos soberanos?
—Es que se apresta Granada
á ver la lid, concertada,
entre dos nobles cristianos.—
Corre la lucha á admirar
toda la corte agarena,
disputando, sin cesar,
unos, por el de Baena,
otros, por el de Aguilar.
Del palenque en derredor
tal el concurso derrama
joyas, cintas, luz, color,
que parece que se inflama
de un sol de Agosto al calor.
Toman, en rico tablado,

los Jueces del campo asiento;
llega el momento esperado,
y el público lanza al viento
un murmullo prolongado.

Cesa el rumor; los Sultanes
por rica tribuna, asoman,
de bordados tafetanes,
saludan, y asiento toman
sobre mullidos divanes.

Un clarín bélico suena;
la plaza gana de un salto
el adalid de Baena

y á galope corto y alto
corre la cercada arena.

Su brava y noble apostura
muestra en el galán paseo,
mientras su rica armadura
quiebra del sol la luz pura
con vivido centelleo.

Negro el caballo, aplomado
de remos, de ancas crecido,
ancho el brazo y descarnado,
terso el vientre y recogido,
liso el casco y acopado.

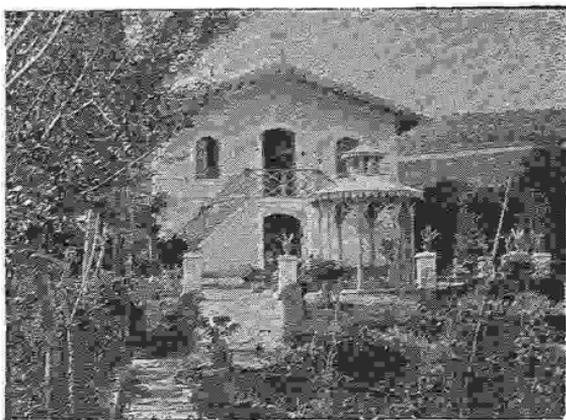
Andaluz, de sangre ardiente,
alto y enarcado el cuello,
ojos vivos, ancha frente,
lanzando en gruesa corriente
sus ollares el resuello.

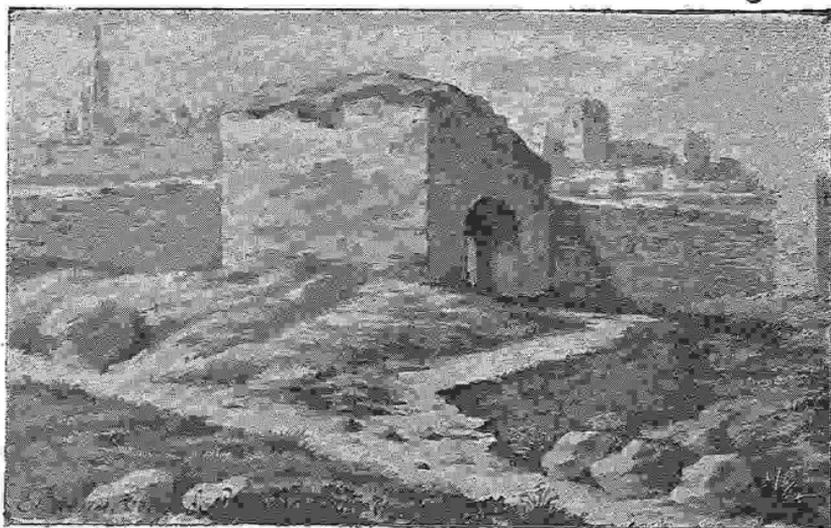
Tiende la crin desdeñosa
al céfiro que la riza,
y con fuerza poderosa

gira en los pies y entra en liza
con vuelta viva y graciosa.
Alta en el ristre la lanza,
el acicate al castigo
dispuesto, busca y no alcanza,
Don Diego, á ver su enemigo
ni se explica su tardanza.
A un paje suyo mandó
que al de Aguilar llame á voces,
y aunque sonora vibró
corriendo en ondas veloces,
nadie á la voz respondió.
El concurso, ya impaciente,
mostraba su descontento;
sonaba la voz potente
repitiendo el llamamiento,
sin que llegara el ausente.
Ya, tras un monte lejano,
ocultaba el sol su fuego,
cuando en el palenque, ufano,
entró un paje de Don Diego
con un retrato en la mano.
Era la imagen copiada
de Don Alonso, que atada
á la cola del bridón,
fué luego, sin compasión,
por el palenque arrastrada.
Levantó sordos rumores
el deshonroso castigo
entre los espectadores,
que allí, de muchos señores
era Don Alonso amigo;

y á poco, en caballo fiero,
un valiente abencerraje
saltó la valla ligero,
vengar queriendo el ultraje
del ausente caballero.
Disputas, que el aire encienden,
se traban; las damas gritan;
Sultán y Jueces se ofenden,
y guardias, que el choque evitan,
al bravo guerrero prenden.
El Rey fulminó indignado
sentencia contra el intruso
que sus leyes ha violado,
y que muriera dispuso
allí mismo degollado.
Ya la sentencia cruel
iba á cumplirse, y Don Diego,
bajando de su corcel,
logró el perdón, con su ruego,
del valeroso doncel.
Los Jueces fallo dictaron
en la lid, no consumada,
y por leyes que invocaron,
á Don Diego declararon
vencedor en la jornada.
Diéronle en un pergamino
copia notarial del fallo;
besó del Rey granadino
la mano, y en su caballo
tomó de vuelta el camino.
Llegado á su fuerte villa
hizo que nadie ignorara

en el reino de Castilla,
cómo lavado quedara
de su pasada mancilla.
Y aquí, del noble Aguilar,
decir se debe, en conciencia,
que si el hecho de negar
al reto aquel su presencia
nunca supo disculpar,
fué de bravura notoria;
y en las guerras con el moro
tan invicto, que la Historia
erigió en letras de oro
un monumento á su gloria.
Tras mil hazañas, murió
luchando, en triste jornada,
Sierra Bermeja le vió
rodar con aquella espada
que tantas vidas costó (5).





La Virgen de Consolación.

I

Allí, coronando
la cumbre del cerro,
de murallas cercada y de torres
que deshace la huella del tiempo,
deja ver la vetusta almedina
la alta torre de gótico templo
y á su lado, humildes,
las techumbres de viejo convento,
y torres fornidas,
y muros deshechos
de un antiguo castillo que supo
abatir á dos Reyes el cetro. (6)
Ancha torre, que al cauce profundo

del Marbella se asoma con miedo,
por un viejo arco,
al cerrado recinto da acceso,
y bajo la bóveda,
del muro en un hueco,
de la Virgen se ve con su hijo
una imagen pintada en un lienzo.
El nombre dulcísimo
á la Virgen le dan del Consuelo,
pero, nadie sabe
quién allí la ha puesto,
ni quién fué el artista
que á su rostro bello
animó de la gracia y ternura
con que mira piadosa á su pueblo.
¿Queréis que os relate
con sencillos y fáciles versos
de la santa Virgen
la leyenda, que guarda el misterio?
Pues bien, escuchadme,
que ya bullir siento
en mi mente, de tiempos pasados,
mil confusos y vagos recuerdos,
y evocada por santos conjuros,
que inspiraron al bardo sus sueños,
una vaga sombra
á mi oído se acerca en silencio
y en voz baja, que yo solo escucho,
me refiere la historia que os cuento.

II

Del mahometano alcaide de Baena
en el harem, que los eunucos guardan ,
se agitan bulliciosas
y alegres las esclavas.
De un baño de alabastro ,
como Venus saliendo de las aguas ,
una hermosa doncella
ruborosa y desnuda se levanta.
Sobre su cuerpo vierten
perfumes de la Arabia ;
con cendales de lino
cubren sus carnes, como nieve blancas,
y con joyantes sedas ,
de bordados en oro recamadas ;
la viñten cuidadosas
á la mōrisca usanza.
Dobles collares de irisadas perlas
ciñen á su garganta ;
al desnudo tobillo
aros ajustan de luciente plata ,
y al brazo, aureas ajorcas
de rica filigrana.
Es una nazarena
á sus padres robada

que cual rico presente
al harem se destina del Monarca.

La luz del nuevo día
la encontrará camino de Granada,
porque el baenés caudillo
gran recompensa de su Rey aguarda.

Triste está la doncella,
amargo llanto empaña
los cristales purísimos
de sus ojos de garza,
que entre rubor y espanto verá pronto
bárbaramente su pureza hollada.

Su espíritu batiendo
de la oración las impalpables alas
se eleva al cielo y dice:
—¡ Oh Virgen del Consuelo sacrosanta!

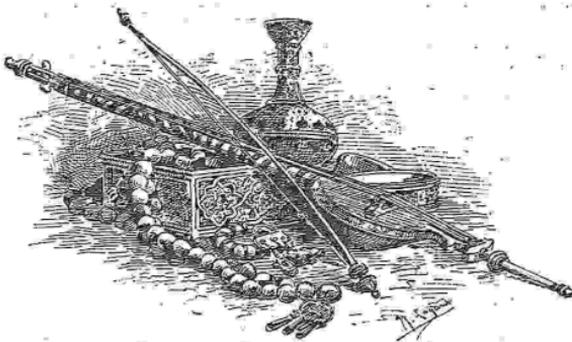
tú, pura entre las puras,
libra mi cuerpo de lasciva mancha
y á tí será mi virginal pureza
por siempre consagrada.—

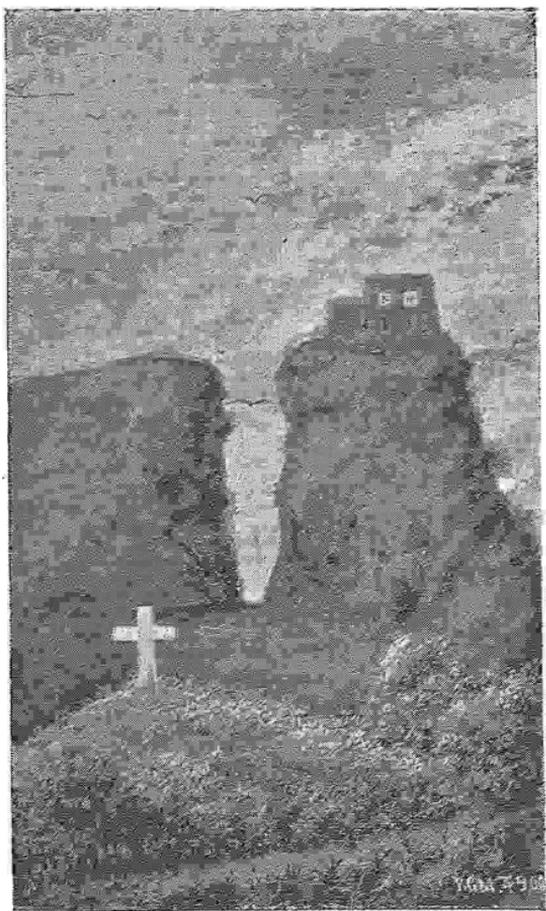
Mira, y se encuentra sola
en la lujosa estancia;
de rodillas y en cruz vuelve á su ruego,
cuando una hermosa dama
á ella llega y le dice:
—Ya es hora de que partas;
sigueme que te esperan.—

Levantóse, temblando, la cristiana
y de aquella mujer, que parecía
morisca por su traje y por su cara,
siguió, muda, los pasos,
admirando la gracia

con que á su cuerpo se plegaba el traje
de transparentes gasas.
En pos una de otra
atraviesan las puertas del Alcázar
y siguen luego juntas
una calle pendiente y solitaria,
hasta dar en la torre
que al recinto da entrada.
Rendida al sueño encuentran
la numerosa guardia;
sin ser vistas descienden hasta el valle;
la matrona se para
y á la cristiana dice: — Ya estás libre;
mira á la luz que reverbera el alba
por el blanco camino
que de la sierra baja,
cómo hacia aquí se acerca
un escuadrón de lanzas;
es del tercer Fernando
la temida vanguardia:
corre á su encuentro, pero no me olvides,
que mi dulce consuelo nunca falta
á las almas piadosas
que de veras me llaman.—
Despareció la dama como niebla
que el aire manso arrastra
y retornó la joven
pura y libre á su casa.
Conocido el milagro de la Virgen,
cuando al moro la villa fué tomada
bajo del arco que pasar la viera
el lienzo se fijó que la retrata,

y aun parece que brotan de sus labios
aquellas sacratísimas palabras
con que brinda consuelo
al que humilde la llama.





La Cruz de la Roldana.

I

Allá, donde al Sur acaban
en la región cordobesa
de las feraces campiñas
las onduladas praderas,

alza su mole rocosa
una gigante cadena
de montañas azuladas,
cuyas atrevidas crestas
suben á sacar el rayo
del seno de las tormentas.
Trepando penosamente
por las abruptas laderas
sube del valle á la cumbre
una pedregosa cuesta,
hasta dar en una villa
que en escondida meseta,
de altivas rocas cercada,
perezosa se recuesta
como coqueta odalisca
que harem misterioso encierra.
Del pueblo á corta distancia
sobre un risco que bordea
el escabroso camino
álzase una cruz de piedra,
con larga inscripción grabada,
que las hazañas recuerda
de una mujer valerosa,
de aquel Par de Francia émula,
Roldán, por el que llamaron
Roldana también á ella.
Más allá, sobre la cumbre
de un peñasco que rodean
abismos, que al que los mira
hacen perder la cabeza,
se eleva un fuerte castillo,
atalaya y centinela,

donde la graciosa villa
tiene segura defensa.
Es Luque rica y famosa
en historias y leyendas,
cuyos valientes caudillos
fueron los Egas Venegas,
que con Roldanes y Ayalas,
Arrebolas y Valeras,
Jurados, Porras y Ortices
mantuvieron siempre enhiestas,
siglo tras siglo, en la altura
de sus invictas almenas,
contra el poder mahometano
las cruces de sus enseñas.
Nació de los Arrebolas
una bizarra doncella
que inmortal hizo su nombre
con sus inclitas proezas,
probando, heroica, que en Luque,
según las historias cuentan,
al valor de los varones
no van en zaga las hembras.

II

Aún no mediaba su curso
el siglo décimotercio
cuando las gloriosas armas
del Rey Fernando Tercero,

después de ganar á Córdoba,
de triunfo en triunfo corrieron
desde la margen del Betis
hasta los riscos luqueños.
La Cruz extendió sus brazos
sobre castillos y pueblos
que bajo el poder musulme
cinco centurias gimieron.
Cabra, Porcuna, Baena,
Morón, Aguilar, Zuheros,
Osuna, Lucena, Rute,
Castro, Luque y Hornachuelos,
se despertaron cristianas
si moriscas se durmieron.
Tanta gloria y tal fortuna,
si á los cristianos dió alientos,
el odio y sed de venganza
desbordó en los agarenos,
que no bien de sus derrotas
se contemplaron rehechos,
sobre los pueblos llorados,
do sus hogares perdieron,
tornaron, con nuevos bríos,
y aunque no siempre su esfuerzo
logró rendir la bravura
de los alcaides fronteros,
alguna vez dió la suerte
á sus empresas el éxito.
Tocó á Luque tal desdicha
y al yugo musulmán vuelto,
aún resistió por un siglo
en su inexpugnable asiento

de los valientes cristianos
los reiterados asedios.
Amaneció, al fin, un día
en que con lucido ejército
fué sobre la villa heroica
el Rey Alfonso el Onceno,
y entre la brava cohorte
de cristianos caballeros
que al buen Monarca seguían
á la batalla dispuestos,
marchaba una rica hembra,
un bravo potro rigiendo,
empuñando fuerte lanza,
y sobre la espalda suelto,
escapándose del casco,
flotante y rubio el cabello.
Era Isabel de Arrebola,
cuyo valor y denuedo
en cien reñidos combates
fué de varones ejemplo.
Con un Capitán casada
prefirió siempre al sosiego
del hogar, la pesadumbre
de los marciales arreos,
y en las peligrosas luchas
unida á su esposo y dueño
morir, si el caso llegaba,
á su lado combatiendo.
Rivalizó la *Roldana*
con los más bravos guerreros
en el asalto furioso
de aquel castillo soberbio,

hasta lograr su rescate,
de sangre á subido precio.
Quiso el magnánimo Alfonso
poner tal joya á cubierto
de ataques de la morisma,
y mejorando sus medios
de defensa, guarnecióla
de numerosos arqueros,
con caudillos que juraron
defenderla como buenos,
y á los que colmó el Monarca
de dones y privilegios.
Quedó la *Roldana* en Luque
con su esposo, y allí término,
con la corona del mártir;
puso á su inclitos hechos.

III

Negaba ya sus fulgores
á los escondidos valles
el sol, corriendo á Occidente,
en una apacible tarde
de la alegre primavera,
de esas cuyo influjo hace
llegar á nuestros sentidos
con fuerza más penetrante
los aromas de las flores,
la música de las aves,

los murmullos de las fuentes
y los rumores del aire,
cuando, dejando de Luque
los seguros baluartes,
un grupo de caballeros
salió alegre á solazarse
por las amenas orillas
de floridos olivares,
hasta llegar á una fuente
que á corta distancia nace.
Isabel iba con ellos,
sin que ninguno pensase
en peligros, cosa propia
de mujeres y cobardes.
Sentáronse descuidados
á la cristalina margen
de la fuente, cuando atónitos,
vieron que en rápido avance
se les acercaba un grupo
de osados jinetes árabes.
Embargó el peligro en ellos
todo generoso arranque
y huyendo cobardemente,
sin esperar nadie á nadie,
perseguidos de los moros
que les iban al alcance,
lograron los caballeros
llegar á Luque y salvarse.
Cansada, Isabel, y sola,
impedida de su traje,
se ocultó tras unas peñas:
pasó la taifa adelante

sin verla, y ya se creía
salvada, cuando el herraje
de un caballo, le dió aviso
de que los riesgos del lance
aún duraban para ella,
y á poco, miró acercarse
al sitio donde se hallaba,
un moro de mal talante
que, al verla, refrenó al bruto
y desnudando el alfanje,
de dos tajos, ambos pechos,
entre torrentes de sangre,
cortó á la infeliz cristiana
con ferocidad salvaje.

Intentó, de un tercer golpe,
el noble cuello segarle,
y ella, burlando el intento,
saltó ligera, y ganándole
la lanza, la hundió con furia
en el pecho del alarbe,
que, como de un rayo herido,
á sus pies rodó cadáver.

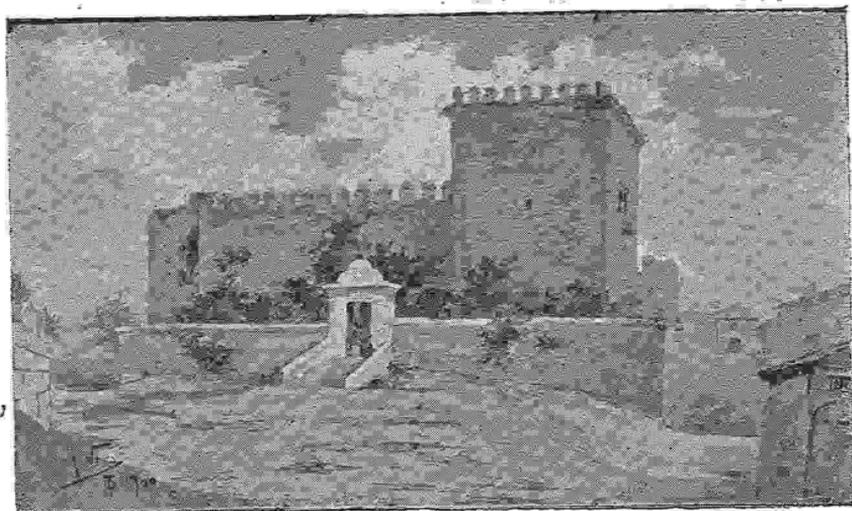
Tomó la rienda al caballo
y caminó, desangrándose,
hasta llegar al castiilo
donde entró, ya vacilante,
y á poco, cayendo en tierra,
libre de su humana cárcel,
á las regiones empíreas
voló el alma de la mártir.

Así murió la *Roldana*;
y la tradición añade,

que los menguados amigos
que en el peligroso trance
la abandonaron, sintieron,
de por vida, las tenaces
garras del remordimiento
en su conciencia clavarse.
La historia dice sus nombres;
mas, bueno será callarles,
que á castigar tales hechos
es el silencio bastante (7).







La Prisión de Boabdil.

I

De Córdoba en la frontera
y á Granada ya vecina,
donde la morisma impera,
hay una villa altanera
sobre una fuerte colina.
Galas ostenta y primores
de naturaleza y arte,
paisaje rico en colores,
fuentes de dulces rumores
y temible baluarte.
Por las quebradas saltando
de su vega fresca y bella,
cañas y flores besando,

se desliza, murmurando,
el apacible Marbella.
Tiende por la sierra hermosa,
que á su frente se dilata,
la vid su pompa frondosa
y la oliva viste airosa
manto de esmeralda y plata.
Cual iris rico en colores,
su campiña placentera
brilla cubierta de flores
bajo los vivos fulgores
que su cielo reverbera.
En la altura reclinadas
sus casas, como palomas
blancas, limpias, perfumadas,
aspiran, del sol bañadas,
de sus huertas los aromas.
Y en la cumbre más erguida,
de fuerte muro cercada
y de mil torres guarnida,
alza su frente atrevida
la almedina respetada,
y el castillo poderoso
con sus puentes levadizos,
invicto siempre y glorioso,
terror del bando ominoso
de los moros fronterizos;
que nunca en sus algaradas
osan llegar á la villa,
que en sus armas blasonadas
tiene, del moro en mancilla,
cinco cabezas cortadas.

Signo de sus campeones,
por muros y torreones
álzase la Cruz triunfante,
en amenaza constante
de los moriscos pendones.
Y si baten los guerreros
de la bandera cristiana
á los alcaides fronteros,
siempre tiñen sus aceros
con la sangre musulmana.
En una noche sombría,
cuando en los quietos hogares
la villa toda dormía,
el castillo disponía
sus aprestos militares.
De improviso, rechinando,
cayó el puente con estruendo,
y silenciosa marchando,
fué la mesnada saliendo
y en la *Placeta* formando.
Cerróse luego el rastrillo
y la gente congregada,
á la voz de su caudillo,
dejando atrás el castillo,
rompió la marcha, callada.
En breve traspasó el muro
de la villa de Baena,
y, de la noche en lo obscuro,
tomó, con paso seguro,
el camino de Lucena.
Ya la tierra se alegraba
con los fulgores divinos

que el bello sol derramaba,
cuando la hueste llegaba
á los campos lucentinos.
Y á sus claros resplandores
dejóse ver la hermosura
de los bravos corredores,
y el brillo, temple y colores
de su traje y armadura.
Rompen marcha los primeros,
con bizarra gallardía,
mil osados mosqueteros,
cuyos disparos certeros
llevan la muerte por guía.
Y les siguen, arrogantes,
cuatrocientos caballeros
sobre corceles pujantes,
en cuyas armas brillantes
se parte el sol en luceros.
No bien pisan atrevidos
de Lucena los confines
cuando rumores perdidos
llegaron á sus oídos
de belicosos clarines.
Dan al viento su bandera,
y el rumor, que suena lejos,
lleva su plánta ligera
al valle de Algarinejos,
del Genil en la ribera,
donde en rudo batallar
la granadina falange
de Boabdil y de Aliatar
hace á la Cruz vacilar.

con los golpes de su alfanje.
Llegan al campo sangriento
los baenenses escuadrones
y con ímpetu violento
arrollan con ardimiento
los granadinos pendones.
Tintos van en sangre roja,
y aunque de coraje ruge
el bravo alcaide de Loja
y á contenerlos se arroja,
no pudo tener su empuje.
Ni á resistir las descargas
que los cristianos mosquetes
lanzan, en hileras largas,
bastan las finas adargas
de los árabes jinetes.
Pierde la vida Aliatar
bajo el terrible mandoble
de Don Alonso Aguilar,
y el Genil se llevó al mar
el horrible cuerpo inmoble.
Lucha Boabdil con fiereza,
y aunque de cerca seguido
por la morisca nobleza,
es, con heroica firmeza,
por los cristianos batido.
Mira su escuadrónpreciado,
en confuso desconcierto,
por todas partes cercado,
y en lance tan apurado
cayó su caballo muerto.
Sólo le resta la vida,

carga que quizás le pesa,
y siguiendo la escondida
ribera que el Genil besa,
salvarla quiso en la huida.
Mas, no bien la marcha emprendo
por un oculto sendero,
un cristiano le sorprende,
que á sus súplicas no atiende
y le lleva prisionero.
De rico botín cargados
y de laureles ganados
en lid, do vencer supieron,
á su castillo volvieron
aquellos fuertes soldados.
Y el Monarca granadino
trocó la mansión serena
de su alcázar peregrino
por un torreón mezquino
del castillo de Baena. (8)

II

Miraba desde su torre
el Rey Boabdil, con tristeza,
de Martos y de Alcaudete
las azules cordilleras
que la suspirada vista
de su Granada le vedan;
al lado opuesto el paisaje
de las campiñas extensas,

lienzo gigante á que sirve
de marco Sierra Morena,
y á sus pies el hondo valle
que fertiliza el Marbella.
Indiferente y sombrío
la augusta mirada lleva
de un lado al otro sin darse
razón de lo que contempla.
Dió en su causa la fortuna
tan veloz y dura vuelta
que aún no sabe si es cautivo,
ó si con prisiones sueña.
¿Cómo en tan menguadas horas
pudo rodar su grandeza
desde la encumbrada Alhambra
al castillo de Baena?
Ayer Príncipe temido
de los creyentes, y hoy presa
de un infiel, que en una torre
como á siervo le sujeta.
Miraba el Rey una tarde,
desde un ajimez, la puesta
del sol, que en ópalo y grana
teñidas las nubes deja,
cuando fijando los ojos
en un jardín que rodea
con verde y angosta cinta
la torre donde se encuentra,
vió, que cogiendo unas flores
de olorosa madreSelva,
muy cerca de sí tenía
una joven hechicera,

cuyas delicadas manos,
de rayos de luna hechas,
con envidia contemplaban
las vecinas azucenas.
Fijó la vista, al acaso,
en el ajimez la bella
y al notar que el Rey la mira
bajó pronta la cabeza
intentando retirarse,
cuando aquél le dijo: —Deja,
nazarena, que mis ojos
un instante más te vean.
No aumentes las amarguras
de un alma que llora ausencias
y que desde que te ha visto
es dos veces prisionera.
Alah, sin duda, te envía
para alivio de mis penas
y de tus hermosos ojos
las abrasadoras flechas
han penetrado en mi alma
que ya tuya se confiesa.
Ámame, cristiana hermosa,
y cuando á mi trono vuelva,
Boadil será esclavo tuyo
y tú de Granada Reina.—
Mirando al Rey compasiva
la preciosa nazarena
quiso hablar, pero no dijo
una palabra su lengua;
en tanto que de sus ojos
desprendiéndose serenas

rodaban, una tras otra,
sus lágrimas á la tierra.
Guardó silencio el cautivo;
cruzó del jardín la puerta
la cristiana, silenciosa,
y la noche, que sus negras
sombras ya tñdiendo iba,
dejó en misterio la escena.
En vano buscó en el sueño
Boabdil á sus males trégua
que el amor y las desdichas
le persiguen y desvelan.
Medió la noche y cansado
de contar las horas lentas,
cuándo ya en todo el castillo
tan sólo lá guardia vela,
á la ventana se puso
y vió, que en otra frontera
una luz se reflejaba
á través de las espesas
y cerradas celosías;
y pensando que tras ellas
alguien, sin duda, velaba,
surgió en su mente la idea
de que allí, por dicha suya,
y á su recuerdo despierta,
estaba, llorando á solas,
la huri de las madre selvas.
Tomó su guzla de oro,
pulsó las delgadas cuerdas,
y así le cantó á la hermosa,
con voz de ternura llena.

III

Azucena—de Baena (9)
abre tus hojas al sol del día;
desdeñosa—nazarena
abre á mi canto tu celosía;
abre sultana del alma mía.

Sultana hermosa de los jardines,
ramo de mirra, tazón de flores,
bajo la huella de tus chapines
nacen rosales, mirto y jazmines;
en cuyas ramas llenas de olores
hacen su nido los colorines,
duermen los genios de los amores
y buscan sombra los serafines.
¿Dónde hay belleza de criatura
que se compare con tu hermosura?

Tienes el cuello airoso
de la paloma,
y el aliento oloroso
como el aroma;
tus ojos puros
son ojos de gacela
dulces y oscuros.
Cristiana bella,

por ver un rayo de tu mirada,
sentir tu aliento, seguir tu huella,
yo te daría
el mejor carmen de mi Granada,
mi mejor torre de Andalucía.

Sultana, hermana de las huries
que los jardines del cielo moran,
tus dos mejillas son carmesies
como granadas que se coloran;
tus labios rojos como rubies,
y me parecen cuando sonries
los dientes puros que en sí atesoran
corderos blancos entre alhelies.
¿Quién es el hombre que te merece?
¿Quién la que hermosa te se parece?

Tu cintura es esbelta
como las palmas,
tu cabellera suelta
red de las almas;
suave tu acento
como el rumor del agua
y el son del viento.
Cristiana hermosa,
de tus cabellos por solo un rizo,
por tu sonrisa más desdenosa,
yo te daría
mi castillejo más fronterizo,
mi mejor puerto de Andalucía.

Si tú admitieras, linda cristiana,
las verdaderas creencias mías,
á mi suntuosa corte africana
como mi esposa me seguirías.
Tendrías fiestas todos los días,
sortija y toros cada semana,
y en mis palacios habitarías
de mis vasallos como sultana.
¿Quién no te hablara puesto de hinojos?
¿Quién en tí osara poner los ojos?

Garza sobre una peña
mal anidada,
ven conmigo á ser dueña
de mi Granada.
Vuela sin ruido,
las torres de la Alhambra
serán tu nido.
Bella cristiana,
si te vinieras á ser mi esposa,
para que fueras sola y sultana,
yo te daría,
para tu esclava mi alma amorosa,
para tu alcázar mi Andalucía.

Azucena—de Baena
abre tus hojas al sol del día;
desdeñosa—Nazarena
abre á mi canto tu celosía:
abre sultana del alma mía.

IV

Guardaba el Conde de Cabra
con el Monarca agareno
las más delicadas formas
de atenciones y respeto,
tanto por que sus instintos
le encaminaban á ello
cuanto porque así, magnánimos,
sus Reyes lo dispusieron;
y en cuanto no se oponía
al seguro del arresto
era allí de sus acciones
Boabdil el único dueño.
Su edad era aproximada
á cinco lustros, su aspecto
gentil y noble, su rostro
ligeramente moreno,
y acusaba al hombre ducho
del harem en los misterios
su mirar dulce, impregnado
de tristezas y deseos.
Gozaba trato continuo
con los más cercanos deudos
del Conde, que fué, inconsciente,
de sus amores tercero,
y de tal modo marcharon
en el asunto de acuerdo

la ambición, hija del crimen,
y el amor, hijo del cielo,
que ambas pasiones unidas
en maridaje funesto
de la cristiana cobarde
se anidaron en el pecho
y á renunciar Dios y patria,
al cabo la decidieron.
Prometió á Boabdil que huiría
de aquel castillo, en secreto,
cuando ya libre en Granada
él recobrará su reino,
y allí, conforme á los ritos
de coránicos preceptos,
su religión dejaría;
dichosa con él partiendo
como Reina y como esposa
una corona y un lecho.
Estimó, Boabdil, en tanto
de aquel corazón el precio
que, á su vez, quiso dejarle
de su cariño un recuerdo.
Se quitó un hermoso anillo
donde llevaba el real sello,
grabado en una esmeralda,
y se lo entregó diciendo:
—Testigo de mis promesas
esta memoria te dejo;
su cifra sobre Granada
te da de Reina derecho,
y en Alah y en tí confío
que muy pronto nos veremos

en la Alhambra, donde juntos,
olvidando este destierro,
cumplidas veré en tus brazos
las venturas con que sueño.—
Poco después llegó al Conde
urgente mensaje regio
ordenándole llevara
á Córdoba el prisionero
reuniendo para escoltarle
lucido y amplio cortejo
de lo más florido y noble
en los comarcanos pueblos,
para honor del real cautivo,
y honra del propio concepto.
Pronto de Cabra y Lucena,
de Aguilar, Luque y Zuheros,
desplegando lujo y galas
los jinetes más apuestos
de la cristiana nobleza
con el Conde se reunieron,
y llevando entre sus filas
al Rey de Granada preso
se alejaron de Baena,
llegando á Córdoba luego,
donde dieron al buen Conde
muestras de su real aprecio
los Católicos Monarcas;
y dada á su misión término
con la entrega del cautivo,
el Conde y sus caballeros
á sus villas y lugares
retornaron satisfechos.

V

Quebrantando duras peñas
de las montañas luqueñas
feliz el Marbella nace,
y al romperlas se deshace
en mil cascadas risueñas.
Su clara linfa desata
en azogados espejos,
manso, su curso dilata,
y va á perderse á lo lejos
como una cinta de plata.
Ya corre el verde camino
lleno de apacible encanto,
ya, en furioso torbellino,
de espumas extiende un manto
en la rueda del molino.
Impregnándose de olores,
sus cristales bullidores
entre mil huertos desliza,
donde riega y fertiliza
árboles, plantas y flores.
En sus márgenes amenas
son más bellas las auroras,
huyen del alma las penas,
y al que sufre, son las horas

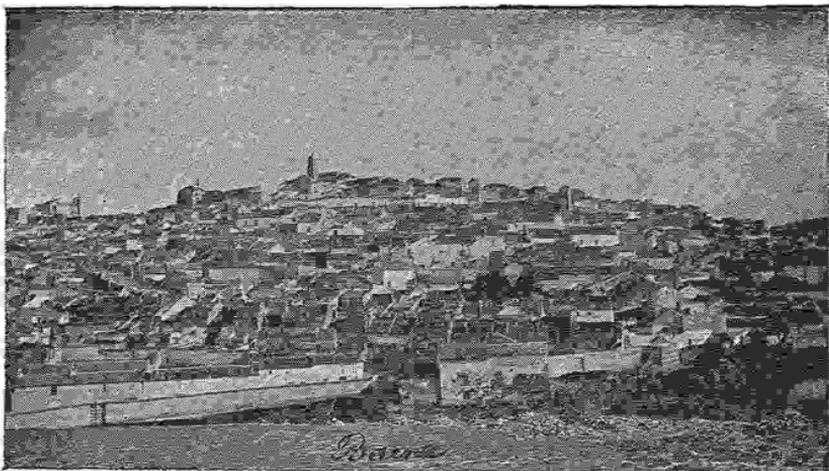
más breves y más serenas,
En aquel bello lugar,
apenas el moro ido,
fué la cristiana á ocultar
la zozobra y el pesar
de su corazón herido.
Resbalaba el tiempo lento
y más sus penas crecían,
porque, con doble tormento,
unidos la perseguían
amor y remordimiento.
Y tal crecieron sus males
con los ensueños venales
de su temeraria empresa,
alarmando en la Condesa
los instintos maternales,
que en rumbo opuesto las dos,
mientras la joven impía
de un crimen volaba en pos,
la madre, tierna ofrecía
por ella votos á Dios.
Ya las delicadas flores
en dulces frutos cambiaron
los estivales calores,
cuando al Marbella llegaron
dos apuestos corredores.
Era cortés embajada
que á la Condesa venía,
por el Rey Boabdil mandada,
que ya libre se volvía
á su reino de Granada;
en que el Monarca africano,

feliz, antes de cruzar
el límite castellano,
solicitaba besar
á la Condesa la mano.
La noble dama accedió
del Rey á las pretensiones,
mucho en su casa le honró,
honra que aquél le volvió
en ricas joyas y dones.
Y á Francisca, que tal era
el nombre de la hermosura
que su corazón venera,
la dió una hermosa pintura,
extraña sobremanera.
No hiciera el regalo honor
á un moro, que allí pintada,
Francisca, vió con terror,
la Faz, humilde y llagada,
del Divino Redentor.
Se ausentó Boabdil, y en vano
luchaba por descifrar,
la nazarena, el arcano
que en aquel cuadro encerrar
quiso el regio mahometano;
cuando al separar un día
la tela rica y sutil
que la tabla revestía,
vió que al respaldo tenía
el retrato de Boabdil.
Enconó el hallazgo tanto
de aquel corazón la herida,
que deshaciéndose en llanto

y besando el Rostro Santo
no era ya su vivir vida.
Flaca su carne y llagada;
de su amor y su pecado
contrita, si no curada;
bajo el cariño y cuidado
de aquella madre apenada;
discretamente asistida
de un religioso, que en ella
encendió la fe perdida,
buscó, por fin, la doncella,
la paz del claustro escondida.
Y aunque dar castigo pleno
quiso al retrato, no pudo
quemarle, que el agareno
encontró iglesia y escudo
en la Faz del Nazareno.
Profesó, y ya religiosa
cuentan, que en el mismo día,
por curación milagrosa,
se libró de la infecciosa
lepra que la corroía.
La oración, la penitencia
y los años que corrieron
acortando su existencia,
á Francisca devolvieron
la calma de la conciencia.
Ya anciana, miró la muerte
llegar, con serena calma;
dió al suelo su cuerpo inerte
y á Dios entregó su alma
en fe y esperanza fuerte.

Y para cerrar la historia
os diré que, en paz serena,
de sus despojos la escoria,
aún guarda losa mortuoria
del convento de Baena (10).





Mahomad.

I

Apenas las altas torres
de la morisca Granada
coloran sus capiteles
con los reflejos del alba,
cuando el Rey Mahomad Segundo,
que en un overo cabalga,
à largo trote atraviesa
la plaza de Bibarrambla,
de cien alcaides seguido
que cien pendones levantan
à cuya sombra congregan
diez mil valerosas lanzas.
No de fiestas y torneos
visten artísticas galas

ni bonetes que coronen
plumas azules y blancas;
que entre bélicos arreos
bruñidos cascos irradian,
pesados alfanjes ciñen,
fuertes escudos embrazan
y el pecho llevan cubierto
con finas cotas de malla.
¿Dónde van? Sin duda alguna
á la frontera cristiana;
que en intestinas discordias
Castilla se despedaza
y apenas si la prudencia
de su buena madre basta
á librar al joven Rey
de traidoras acechanzas;
mientras los bravos caudillos
de las fronterizas plazas
sin socorros y sin gente
huérfanos de su Monarca,
habrán de rendir al peso
de las sarracenas armas
con sus espadas invictas
las fuertes villas que guardan,
dando la vida con ellas
en servicio de su Patria.
¡Allá van! Cual torbellino
los campos queman y talan
de la villa de Alcaudete
cuyas sonoras campanas
tocando al arma coronan
de guerreros las murallas.

Mahomad sus gentes ordena
y al asalto se prepara,
mientras los fuertes cristianos
sobre la cruz de su espada
juran vencer en la lucha
ó morir en la demanda.
Nubes de aceradas flechas
cruzan el aire contrarias
y con sorda gritería
por todas partes avanzan
hordas de moros que aplican
á los muros las escalas.
Los valientes caballeros
de la cruz de Calatrava
uno contra diez combaten
con indómita pujanza;
pero se esfuerzan en vano,
que la fortuna voltaria
á los árabes da el rostro
y á los cristianos la espalda.
Ya ganaron las almenas,
ya las duras cimitarras,
de los vencidos que huyen
en roja sangre se bañan.
Entran á saco la villa
y tras horrible matanza
los hombres llevan cautivos
y las mujeres esclavas.
De las torres del castillo
la enseña de la Cruz baja
y sube á ocupar su puesto
la media luna africana.

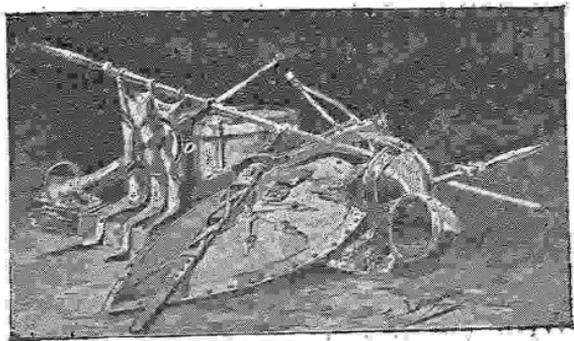
Cambió de señor la villa;
llegó la noche callada,
y á los horrores del día
sucedió, triste, la calma.

II

Aún no mostraba en Oriente
el sol sus doradas hebras
cuando en poder de un alcaide
el pueblo ganado deja
Mahomad y toma el camino
de la villa de Baena.
Tras breve marcha descubre
la cristiana fortaleza
que como nido de halcones
en la Almedina se asienta,
donde ve lucir señales
que llaman á la defensa.
El atrevido africano
con grave pompa despliega
por la llanura vecina
sus victoriosas enseñas
con belicoso aparato
de cajas y de trompetas.
Los baenenses no desmayan,
y con las gentes de guerra
que desde el castillo envía
el buen Alonso Sahavedra,

los vecinos, animosos,
aparecen con presteza
del arrabal en las torres,
del Campillo en las almenas,
del Albaicín en el muro,
de la Calzada en la puerta,
donde con heroico esfuerzo
vencer ó morir esperan.
Feroz es la arremetida
de las tropas agarenas,
sangrienta y breve la lucha,
inútil la resistencia.
La puerta salta en astillas
y en la confusión horrenda
vacilan los defensores
que hasta el Coso se repliegan.
¡Victoria! gritan los moros
y en el Albaicín penetran:
Mahomad ya dueño se juzga
de la codiciada presa
y al Alcázar se dirige,
cuando la hueste rehecha
de los valientes cristianos
con acometida recia,
á la voz de Payo Arias,
de Córdoba y de Sahavedra
y de Martínez Argote
que marchan á la cabeza,
á cuchilladas abate
la media luna soberbia
que impotente y humillada
deja la villa que incendia

Tomó Mahomad de Granada,
escarmentado, la vuelta;
dos años después moría
y hasta que bajó á la huesa
no se borró en su memoria
el recuerdo de Baena (11).





La Peña de los Enamorados

I

Es el bravo Don Gómez de Hiestrosa
un noble caballero
de aragonesa estirpe, rico y mozo,
que logra ser por su invencible acero,
cuando apenas su labio cubre el bozo,

entre los escogidos, el primero.
Señor de un pingüe estado,
de gallarda presencia y apostura,
en las sangrientas lides señalado,
lleva rica armadura
con guarniciones de bruñida plata,
rige el ardor de un andaluz caballo
que cuando á los contrarios desbarata,
sobre los moros que su dueño mata
hunde feroz el callo.
No hay en Castilla toda
un caballero que en la lid reñida
al doncel Hínestrosa se adelante,
ni en la corte aguerrida
del árabe Monarca de Granada
hay un alcaide que á esperar se atreva
el golpe de su espada;
que al rayo semejante,
siempre la muerte suspendida lleva
de su brazo pujante.

II

Pone cerco á Antequera
el denodado Infante Don Fernando
que numeroso ejército acaudilla,
y sumisa á su mando
viene á luchar contra el morisco bando

la escogida nobleza de Castilla.
De su corte en presencia
jura el gallardo Infante
en manos del Obispo de Palencia,
no desnudar las armas un instante,
hasta dejar plantado por su mano
sobre las altas torres de Antequera
el pendón castellano.
Y poniendo las suyas en el pecho
juran también sus nobles Capitanes
no descansar hasta mirar deshecho
el fuerte muro, que caerá á despecho
de los bravos caudillos musulmanes.

III

Muralla inexpugnable
la morisca ciudad guarda y rodea,
y un castillo, de altura formidable,
en cuya cima ondea
el árabe estandarte de Granada,
á su defensa vigilante atiende;
y al ver cómo se extiende
por los sagrados campos del contorno
la altiva enseña de la fe cristiana,
coronan las almenas,
sedientas de la sangre castellana,
las aguerridas tropas agarenas.

Fernando no se abate
ni mide el riesgo de su grave empresa,
y al patrio impulso que en su pecho late,
cual tigre hambriento que atisbó su presa
se arroja con sus gentes al combate.

Tiembla sorda la tierra
bajo el choque violento
que producen las máquinas de guerra
agitando el cimientto
de la altiva muralla, do pretenden
abrir los sitiadores larga brecha
que el triunfo de sus armas asegure;
no hay quien morir matando no procure,
quién arroja la lanza, quién la flecha;
quién intenta ganar el alto muro
y con paso inseguro,
esgrimiendo la espada con la diestra,
sube ayudado por amigo empuje,
mientras á la escala que vacila y cruje
aferra la siniestra.

Y al alcanzar la meta deseada
logra saber á costa de la vida
que fué tan peligrosa la subida
como fácil y pronta la bajada.
Resisten los sitiados,
con heroico valor, los repetidos
asaltos de los bravos sitiadores,
que de la ruda lucha fatigados,
regresan á su campo, no vencidos,
pero sin el laurel de vencedores.

IV

Cuando el Rey de Granada á saber llega
el peligro inminente
en que se encuentra su ciudad preciada,
un formidable ejército congrega
y corre diligente
en socorro del jefe que la guarda,
pues ya febril su corazón presente,
que si un instante tarda
la llorará perdida éternamente.
Soñando en la venganza
cruza veloz los campos de Archidona
y cuando ve flotar en lontananza,
sobre el alto castillo de Antequera,
el pendón africano, que blasona
la invicta media luna,
detiene del caballo la carrera
y bendice su próspera fortuna.

V

Toca al arma el cristiano
y avanza en ordenados escuadrones
al encuentro del moro, con bravura,
que al rudo galopar de sus bridones

se adelanta, batiendo la llanura,
hacia los castellanos campeones.
Cual olas encontradas
de mar embravecido
chocan y se confunden con estruendo;
rechinan las espadas
sobre el arnés bruñido
siniestros resplandores despidiendo,
y al embestir tremendo
de las bravas falanges de jinetes
que el estandarte de la cruz levantan,
ceden campo, vacilan y quebratan
las africanas turbas de zenetes.
Prodigio de valor y fortaleza,
enristrando la lanza poderosa,
de la hueste cristiana á la cabeza
va Gómez de Hinestrosa
que en sangre infiel la banderola tiñe,
de Ruy López seguido, de Velasco,
y del Obispo Rojas, que así ciñe
la mitra como el casco.
Huyen en dispersión los mahometanos
del valeroso infante perseguidos
llevando en su desorden confundidos
algunos caballeros castellanos.
En el tropel envuelto
de aquel irresistible torbellino,
sin un punto dejar la espada ociosa,
luchando en vano por abrir camino
que á los suyos le vuelva, va Hinestrosa,
hiriendo el vientre del bridón cansado,
cuando el fatal destino,

que largas desventuras le apareja,
le lleva á tropezar en un vallado,
donde el buen caballero
se ve con el caballo derribado,
de su rica armadura despojado
y de sus enemigos prisionero.
Cuando el valiente Infante echa de menos
al bizarro doncel, le busca en vano;
maldice, en su dolor, los agarenos,
y jura, por su fe de castellano,
la pérdida, vengar en sangre mora,
del adalid cristiano,
que todo el campo con vergüenza llora.

VI

Jusef Abul Ageh reina en Granada,
y por su gracia y en su nombre tiene
la importante custodia confiada
de un fuerte alcázar que corona el muro
de la ciudad sagrada,
el bravo Abén Amir, de ilustre cuna;
valeroso soldado
que al rudo golpe de la edad vencido
en calma goza, de su patria honrado,
cuando fuerza y vigor perdidos siente,
la estimación á que le dan derecho

las gloriosas heridas de su pecho
y las honradas canas de su frente.
Pero el noble caudillo
no ama el honor de pasajeras glorias
ni cifra en las riquezas su ventura;
que á un objeto más santo y más sencillo
que despierta en su ser dulces memorias
consagra su cariño y su ternura.
Cual alto don del cielo
guarda Amir un tesoro,
preciado bien, de su vejez consuelo,
que estima más que el oro,
que colma su existencia de delicias,
ángel de amor por quien la vida diera;
pues cuando siente el moro
los inocentes besos y caricias
de su Zaida hechicera,
olvida sus enojos
y sueña que del mundo transportado
descansa en el Edén, acariciado
por una hurí de celestiales ojos.
¡Zaida! divina aurora,
púdica flor de mágicos pensiles
que en sus negras pupilas atesora
todas las llamas con que el sol se dora,
todo el amor de diecisiete abriles.
De sangre abencerraje,
sola heredera de los claros timbres
de su altivo linaje,
cultiva con esmero
el noble Amir su clara inteligencia,
procurando calmar, en el severo

estudio de la ciencia
y en el silencio del retiro austero,
de sus vivas pasiones la vehemencia.
Pero la bella mora,
dando á sus pensamientos otro giro,
llevada de su mente soñadora,
guarda en la soledad de su retiro,
prudente y reservada,
agradables historias, y nutriendo
su virgen corazón con su lectura,
va poco á poco su conciencia pura
por nuevos horizontes discurriendo.
Agrádanle primero
las curiosas leyendas y romances
en que algún castellano caballero
lucha valiente en los guerreros lances,
donde á medida que el peligro toca
más el valor su corazón inflama;
mientras con labio fervoroso invoca
los nombres de su Dios y de su dama.
Luego se inicia Zaida
en los misterios que el cristiano adora
y á su lectura con placer se entrega;
lágrimas dulces de ternura llora
cuando en el libro llega
al doloroso drama del calvario,
contemplando, piadosa,
al Hombre-Dios que resignado sube
la pendiente del Gólgota escarpada,
herido el rostro, que el sudor afea,
mezclado con la sangre que gotea
su cabeza, de espinas traspasada.

Su espíritu se exalta
cuando aparece en la mortal escena
la doliente figura de María;
terror sublime su dolor enfrena,
y presa de mortal melancolía
diera la vida por gozar un día
el amor de la dulce nazarena.
Torna luego á la calma
y sueña venturosa
con un esposo que le dan los cielos;
ella le rinde el alma,
él la llama su esposa,
y en dulce unión, exenta de desvelos,
bendice al Dios que los declara iguales,
comparte con su amor dichas y duelos,
sin que turben impúdicas rivales
su hogar tranquilo con amargos celos.

VII

Ya regresa á Granada
el agareno ejército vencido
en los sangrientos campos de Antequera
y lamentando la fatal jornada
suspenso y abatido
el pueblo todo su llegada espera.
De lanzas rodeado,
alta la frente, que el dolor marchita,

y á tristes reflexiones entregado,
llega Don Gómez, y con ronca grito
pide el bárbaro pueblo su cabeza;
más, Jusef que conoce
de su joven cautivo la nobleza,
por quien alto rescate tendrá un día,
lo entrega á Abén Amir, su fiel caudillo,
quien asegura y lleva á su castillo
la noble prenda que su Rey le fía.

VIII

En actitud curiosa,
de Amir en la cerrada fortaleza
se espera la llegada de Hinestrosa,
y apenas baja rechinando el puente
acuden con presteza
al ancho patio jefes y soldados,
que al verle entrar con grave continente,
velado el rostro de mortal tristeza,
seguro paso y ademán altivo,
suspensos y admirados,
guardan mudo silencio, subyugados
por la noble figura del cautivo.
Oculta y con prudencia
detrás de su calada celosía
contempla Zaida, compasiva y muda,
la gallarda presencia

y el rostro hermoso, que el dolor demuda,
del joven caballero
á quien reduce la contraria suerte
á vivir á su lado prisionero
en condición más dura que la muerte.
Latiendo acelerado
el corazón de la gentil doncella
y exaltada su ardiente fantasía,
piensa ver del esposo que ha soñado
en la figura aquella
la viva encarnación, por quien daría
el alma y la existencia,
y en aras de su amor, inmolaría
su cariño filial y su creencia.
Llega el fatal momento;
gira en sus goznes la pesada puerta
que abre la entrada de prisión obscura,
donde penetra, con mirada incierta,
como en lóbrega y triste supultura,
el mancebo infeliz, que á hablar no acierta.

IX

Ya Zaida no reposa;
ya perdieron sus cándidas mejillas
las puras tintas de color de rosa;
sus sienes amarillas
y el óvalo sutil de sus ojeras

hacen sus negros ojos más sombríos,
que sueñan, con amantes desvarios,
en realizar fantásticas quimeras.
Inquieta y desvelada
ve transcurrir las noches y los días
á tristes pensamientos entregada,
recordando la imagen adorada
que le roba sus dulces alegrías.
Todo le causa tedio
y presa el alma de mortal angustia
cual flor tronchada se doblega mustia
sin encontrar para su mal remedio.
A sus solas recorre
la muralla y el alto parapeto,
que ilumina la luz del sol poniente,
y al llegar á la altura de la torre
que oculta su secreto
se detiene, fingiendo indiferente
que á la vega dirige sus miradas
contemplando sus cármenes floridos,
mientras siente llegar á sus oídos
un rumor de pisadas,
de dolientes suspiros y de quejas
que dentro de la torre se percibe,
y apiadada del alma que allí vive,
cuyo amor sus sentidos enajena,
se decide, animosa,
sufriendo el yugo de su amante pena,
á inmolarle su vida, generosa,
ó á romper la prisión que la encadena,
Tranquila vuelve Zaida,
entre las sombras que la noche tiende,

á su mansión, y cuando á solas queda,
con vivo afán emprende
á tejer una escala con la seda
que, en abundante copia, Amir destina
al adorno y labor de sus esclavas,
y cuando ya vecina
el alba muestra su color suave,
rendida al sueño grave
busca en el lecho tregua á sus dolores,
ocultando el trabajo, cuidadosa,
en las ricas alfombras de colores
donde su cuerpo virginal reposa.
Tras eternas veladas
luce, por fin, la suspirada aurora
en que ve sus fatigas terminadas,
y mientras impaciente
aguarda la llegada de la noche,
madurando sus planes atrevidos,
hurta á su padre, cautelosamente,
un agudo puñal y dos vestidos
que en su lecho, también, guarda prudente.
Cuando al tender serena
la noche densas sombras
el ansiado momento ya señala,
la atrevida agarena
saca de sus alfombras
el puñal, los vestidos y la escala,
y muda se resbala
á lo largo del muro solitario
hasta que á la prisión de Gómez llega,
donde heroica se entrega
á realizar su intento temerario.

Sus manos delicadas
en la bóveda dura van rompiendo,
con el puñal, las conchas agrietadas,
y cuando ya la arredra
el penoso trabajo y desfallece
siente la aguda hoja
hundirse en la juntura de una piedra
que sorda se estremece,
á impulsos de su esfuerzo sobrehumano,
y desprendida, al fin, desaparece
en la obscura mazmorra del cristiano.
Don Gómez, que ha sentido
desde el primer instante, con sorpresa,
el extraño ruido
que conmueve las piedras de su techo,
observa, prevenido,
muda la voz y palpitante el pecho,
desde un rincón, el caso inexplicable,
que juzga sueño de su débil mente;
mas, cuando el golpe siente
de la piedra al caer, alza los ojos
al claro cielo, que apacible ostenta
purísimas estrellas á millares,
y al ver descender, lenta,
de la altura, la escala salvadora
que á librarle, sin duda, va guiada
por mano bienhechora,
llega á temer por su razón turbada,
que más se ofusca cuanto más ignora.
Ni teme ni vacila
y ganando los pasos de la escala,
que al grave peso oscila,

salva el espacio corto
que de la almena su prisión separa,
busca su salvador, y queda absorto
viendo de Zaida la belleza rara.
Saber quiere impaciente
la clave de misterio tan obscuro,
más, ella, que demoras no consiente,
echa la escala al exterior del muro
y baja diligente
á buscar á su amor puerto seguro
con el hombre que adora ciegamente.
Allí cambian de trajes
y emprenden animosos el camino,
por ocultos parajes,
buscando del cristiano la frontera,
donde, tras de jornada peligrosa,
les abrirá sus brazos, amorosa,
la ciudad, ya cristiana, de Antequera.

X

Ya el sol dora la cumbre
de la Nevada Sierra
con tornasoles de matiz cambiante,
y á sus besos de lumbre
la enamorada tierra
se estremece de gozo palpitante.

Las zonas de Levante
corre veloz con ardoroso brío
bañando en luz á la gentil Granada,
que esquivaba su mirada
bajo doseles de laurel sombrío:
por el bosque umbrío,
que nutre con su riego,
medroso de su fuego
tuerce su curso el río,
y entre nubes de aromas y colores,
de encanto, de placer y de poesía,
la sultana sin par de Andalucía:
feliz despierta suspirando amores.

XI

Seis horas han pasado
de la fuga de Gómez, cuando entra
en la torre su viejo carcelero
que, mudo y espantado,
busca, pero no encuentra,
en su cárcel, al joven prisionero.
Entre dudas y asombros,
mira abierta la bóveda en la altura
y á sus pies esparcidos los escombros,
mientras piensa, temblando de pavor,
que al enojo de Amir tiene insegura

la cabeza en los hombros.

Llama, y á su clamor, acuden prestas
las guardias del castillo

mientras con rapidez la alarma crece,
y cuando el buen caudillo

Abén Amir, conoce el hecho grave,

de pavor y de rabia se estremece,

pues su experiencia sabe

que el terrible Jusef hará, violento,

para aviso de alcaides confiados,

un ejemplar y bárbaro escarmiento

que dejará sus timbres mancillados

acabando su vida en el tormento.

Cuando ya lo ocurrido nadie ignora,

oficiosas de Zaida las esclavas

lo van á referir á su señora,

pero cansadas de buscarla en vano,

al encuentro de Amir corren ligeras

á quien cuentan, medrosas, el arcano

que achacan á las artes hechiceras

de algún mago cristiano.

Mas, el prudente anciano,

desprecia, por absurdas, sus quimeras

y á buscar á su Zaida se dispone;

cuando á sus plantas pone

un soldado, que llega presuroso,

dos vestidos, de forma diferente,

que entre unas peñas descubrió, afanoso,

y una escala de seda resistente

que descendiendo al foso

de una almena del muro vió pendiente.

Con ávidas miradas,

mientras sus carnes de pavor se hielan,
contempla Amir las túnicas bordadas
que la traición revelan
de aquella infiel, que al desnudarlas quiso
envilecer sus canas, sin recato,
y hundir en sus entrañas, de improviso,
el doloso puñal del hijo ingrato.
Juez y padre, zozobra
por contrarios deberes impelido,
mas, su antiguo valor fuerzas recobra,
y á vengar sus afrentas decidido
dispone sus caballos más ligeros
y en breve deja la ciudad, seguido
de sus fieles y bravos caballeros.
Corre, registra, indaga,
por caminos, poblados y alquerías,
sin dirección, desalentado y ciego,
y cuando la esperanza le abandona
sabe, que vió un labriego,
al mediar la mañana,
con rumbo hacia los campos de Archidona,
esquivando veredas y caminos,
dos jóvenes pasar por su labranza,
vestidos á la usanza
de los nobles señores granadinos.
Más razones no espera
y dando rienda á su corcel fogoso
emprende desalado la carrera
en pos de los amantes, temeroso
de que lleguen á tierra de cristianos
donde encuentren reposo
libres ya de las iras de sus manos.

XII

Luego que Zaida y Gómez
por las amigas sombras encubiertos
el castillo de Amir abandonaron,
corrieron, en su afán, campos desiertos,
y cuando en el Oriente contemplaron
de la aurora los cándidos reflejos
se cambió su temor en alegría,
viendo, como entre brumas, se perdía
Granada con sus torres á lo lejos.
Las luces que fulgura
al avanzar risueña la mañana
descubren, á los ojos de Hinestrosa,
la divina hermosura,
las ricas formas y la edad temprana
de aquella, cuya mano valerosa,
le libertó del duro cautiverio;
el profundo misterio
en que se envuelve, penetrar procura,
y á su ruego, la niña, complaciente,
de que nadie la escucha ya segura,
se turba, y dice, candorosamente.
—Yo soy noble doncella
hija de Abén Amir, el bravo alcaide
que en Granada cautivo te tenía;
mi proceder extraño no te asombre,

que há tiempo conocía
tus heroicas hazañas y tu nombre
que la fama do quiera repetía.
Aunque nunca esperaba
conocer al bizarro caballero
por quien secreta inclinación sentía,
cuando menos, quizás, en él pensaba,
de feroces soldados prisionero
le ví llegar á mi castillo un día.
El alma conmovida
de tierna compasión, se vió, anhelante,
por sus prendas y males atraída,
y desde aquel instante
lloró con el cautivo largas penas,
hasta llegar, tras afanosas luchas,
esta débil mujer, que atento escuchas,
á librarte de bárbaras cadenas.
Yo en los misterios creo
de la sublime religión cristiana,
recibir el bautismo es mi deseo
y renunciar la falsa mahometana;
busquemos pronto la frontera amiga;
mi honor pongo en tu mano,
que á mucho, Gómez, la nobleza obliga
y la fe que profesas de cristiano.—
Oye el mancebo la sencilla historia
con asombro creciente,
y obligado de tanto sacrificio,
promete noblemente
en defensa de Zaida dar la vida,
y al dulce impulso de su amor naciente,
besa la mano de la niña, ansioso,

que en rubor encendida,
oye á Gómez, de gozo estremecida,
por Dios jurarle que será su esposo.
La marcha prosiguiendo
hacia Antequera, con ligero paso,
llegan al borde de empinada sierra,
cuando el sol descendiendo
del cenit al Ocaso
agiganta las sombras en la tierra.
Rendidos de fatiga
se sientan á la sombra de un peñasco
cuya sólida planta
robustecen cimientos de granito
y orgullosa su cima se levanta
por la azul extensión del infinito.
Ya se juzgan salvados,
y soñando con dulces ilusiones,
del peligro olvidados,
sólo piensan sus tiernos corazones
en la felicidad que les espera ;
cuando el viento les lleva de pasada
rumor confuso, cual si el eco fuera
de morisca algarada,
que al impulso de rápida carrera
se acercase, del lado de Granada.
Con incierta mirada
y de temor y sobresalto llenos
descubren á lo largo del camino
un grupo de agarenos,
que montados en ágiles corceles,
van corriendo sin tino,
dando al viento los blancos alquiceles.

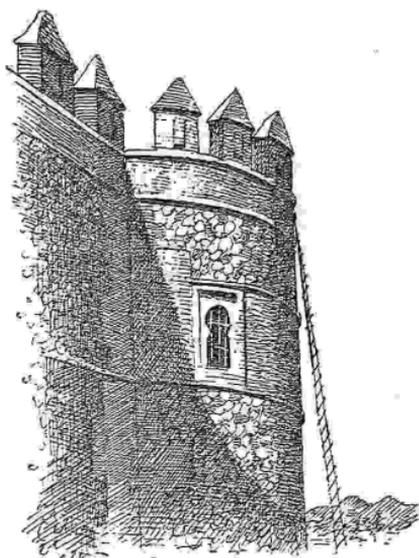
¡Mi padre! grita Zaida;
sálvate, Gómez, aunque yo perezca;
su compasión imploraré de hinojos
y si no por el llanto de mis ojos
tal vez, por hija, su perdón merezca.
¡Nunca! con voz rugiente,
dice el mancebo, con furioso alarde;
subamos la pendiente,
que si logramos escalar la altura,
podré encontrar en ella sepultura,
pero no moriré como cobarde.
La delgada cintura
ciñe de Zaida, con robusto brazo,
y aferrando la mano á la maleza
trepa con ligereza
sin que encuentren sus fuerzas embarazo.
Aún no tocan la cima
cuando ya los descubren los guerreros
de Abén Amir, que cercan el peñasco,
mientras los más ligeros,
dejando sus caballos, se aperciben,
á subir á la cumbre por las breñas,
mas, tal lluvia reciben
de troncos y de peñas
por el fiero Don Gómez disparados,
que el estrecho camino inaccesible
abandonan de prisa los soldados
declarando imposible,
por tal medio, rendir á los sitiados.
Amir, que en furor crece,
su sanguinario intento no abandona
y hace que de Archidona

acudan ballesteros, que de lejos
den á los fugitivos cruda muerte,
y el cristiano, que advierte
el desastroso fin que les aguarda,
al sentir de la flechas el silbido,
el cuerpo de la niña cubre y guarda
en su regazo envuelto y escondido.
Pero, se esfuerza en vano,
que ya de todas partes les dirigen
flechas agudas con certera mano;
nada basta en lo humano
á librarles del bárbaro martirio
ni de muerte tan lenta y horrosa,
cuando el bravo Hinestroza
álzase presa de feroz delirio;
contempla el fondo del profundo valle,
erizado el cabello,
y con brazo convulso ciñe el talle
de Zaida, que marchito el rostro bello,
anuda en fuerte abrazo
los temblorosos brazos á su cuello
y sepulta la frente en su regazo.
El sol despide su postrer destello
y negando su luz al sacrificio
hunde en Ocaso sus fulgores rojos,
mientras Gómez, mirando al precipicio
con espantados ojos,
hasta su borde decidido avanza;
una oración murmura delirante;
oprime el seno de su Zaida amante
y al abismo se lanza.
Aún no tocan el suelo

sus cuerpos, por los riscos destrozados,
cuando, tendiendo el vuelo,
de la humana materia desatados,
se elevan sus espíritus al cielo.

XIII

Abén, de su rigor arrepentido,
allí mandó cavar humilde fosa,
donde en callada soledad y olvido,
el tálamo nupcial halló la esposa
en brazos del esposo prometido.





NOTAS

(1) **Rafael de León.**—La dramática vida de este insigne escultor se tiene por rigurosamente histórica. La hermosa sillería labrada por él en San Martín de Valdeiglesias permaneció en aquella Abadía hasta 1854 en que fué trasladada á la catedral de Murcia, donde hoy la admiran los inteligentes. La silla abacial, que León no llegó á construir, no se encontró en mucho tiempo quien se atreviera á construirla hasta que en dicho año lo realizó con bastante acierto el ebanista de la corte D. José Díaz Benito.

(2) **El Castillo de Guadalerza.**—Asiéntase esta antiquísima fortaleza sobre una elevada colina de los montes de Toledo, teniendo á sus pies una feraz y extensa llanura circunvalada de montañas, surcada por riachuelos y atravesada de Norte á Sur por el ferrocarril de Madrid á Ciudad Real y Badajoz, y por la carretera que va desde Yébenes á Fuente del Fresno.

Al lado izquierdo de las citadas vías y no muy distante del castillo, del que la separaba el río Bracea, se alzaba, hasta hace poco tiempo, una eminencia cónica que llamaba la atención del viajero, así por comprenderse á primera

vista su construcción artificial, cuanto por el siniestro nombre de *Cerrillo de la Horca*, con que se la conocía.

Al construirse en 1888 la carretera que pasa por su pie, hubo necesidad de levantar el nivel del suelo y se tomaron tierras del extraño cerrillo, que iba descubriendo, á medida que adelantaba la excavación, las paredes, aún derechas y bien conservadas, de un antiguo edificio árabe, hallándose entre ellas un candil de barro, un acicate y un fragmento de un cipo sepulcral, de mármol negro, con tres líneas de caracteres arábigos.

Tan extraño hallazgo llamó la atención de los curiosos, pero habiéndose completado las obras de la carretera, cesó la extracción de tierra y quedó oculto el edificio en sus dos terceras partes, en cuyo estado permanece. Deseosos de conocer la traducción de aquel misterioso epígrafe, llevamos un calco de él á nuestro querido amigo y pariente, el sabio orientalista D. Rodrigo Amador de los Ríos, el cual nos manifestó que era el principio de una inscripción funeraria, y que por la elegancia de su dibujo parecía labrado al mediar de la V.^a hégira mahometana (siglo XI de J. C.), traduciéndolo en esta forma:

En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!
¡Oh vosotros, hombres! Creed que las promesas de A....
...lláh son ciertas. No os dejeis pues seducir por los place...

Ancho vagar á nuestra imaginación dejaron tan singulares sucesos; fundado en ellos está el argumento de la leyenda que hoy publicamos, sin duda inferior á los misteriosos y fantásticos motivos que le dan origen.

(3) **La Torre de la Malmuerta.**—Al Este del campo llamado de la Merced, en la pintoresca Córdoba, se alza una hermosa torre octógona, conocida por el nombre con que encabezamos esta leyenda.

Según la tradición, corroborada por el testimonio de algunos historiadores, fué levantada dicha torre por los años de 1407, á expensas de un caballero que, arrebatado por los celos, mató á su esposa, siendo ella inocente. El Rey D. Enrique III, hecha la común prueba, y visto que el desdichado caballero había delinquido obcecado por una pasión violenta, le perdonó y le dijo: «Vuestra esposa ha sido mal muerta; en castigo de esta culpa, derribaréis vuestro palacio y sobre sus escombros levantaréis una torre que se llamará de la Malmuerta.» Tal es la tradición, y así lo consignan también en sus escritos Heliodoro del Busto y Vaca de Alfaro.

(4) **La Piedra Escrita.**—A 3 kilómetros de la populosa villa de Baena (Córdoba) y á unos 400 metros al Norte de la carretera de Alcaudete á dicha villa, se alza un peñasco natural que tiene labrada su cara de Poniente y en ella grabada una inscripción latina que dice así:

T. ANNIVS FIRMVS
 IPONVBENSIS ANOR L....
 VIBIA CROCALE PATRIC
 VXOR ANOR XXIX

Traduciéndola libremente al castellano pudiera leerse:
Aquí yace Tito Annio Firmo. Natural de Iponombia

de cincuenta y.... años, y su mujer Vibia Crocale, Patricia, de veintinueve años.

Es conocido en el país el monumento con el nombre de *La Piedra Escrita*, y está situada al pie del cerro nombrado del *Minguillar*, curioso también por los restos de población romana descubiertos en él, especialmente sepulcros de piedra franca, y en cuya altura parece que existió la *Iponombia* de los romanos, según atestigua la inscripción que dejamos transcrita al citar la naturaleza del sujeto allí enterrado, y corrobora el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, doctísimo en la materia, en el siguiente pasaje que copiamos del libro *La Alhambra*:

El cerro del Minguillar, que se nota entre la torre del Montecillo y Baena, me recordaba la inscripción de Iponombia que allí había descubierto y que yo solo había logrado leer, adquiriendo una corrección para el texto de Plinio.

En tales datos se funda la tradicional leyenda que hoy publicamos.

(5) **Una Deslealtad y un Reto.**—El memorable y curioso desafío de D. Diego Fernández de Córdoba, después segundo Conde de Cabra y Señor del Estado de Baena, con D. Alonso de Aguilar, su próximo pariente, que reseñamos en esta leyenda, lo consignan varios historiadores dignos de todo crédito, y entre ellos, el Abad de Rute, D. Francisco Fernández de Córdoba, en su *Historia (M. S.) de la Casa de Córdoba*, á la que también pertenecía.

El haber concedido el Rey D. Enrique IV el gobierno de los castillos y alcázares de Córdoba á un hijo del Conde

de Cabra llamado D. Martín, hizo estallar la envidia de D. Alonso contra la casa de su esclarecido pariente y, ciego por el despecho, recurrió al reprobado medio de invitar á su casa para celebrar un convite al primogénito del Conde, D. Diego Fernández de Córdoba, prendiéndole después del festín y manteniéndole encerrado en una torre algunos meses del año de 1469; poniéndole después en libertad, bajo promesa, de que se le entregaran por el Conde su padre ciertas rentas y dominios á que se creía tener derecho, y haciéndole jurar de que, en el caso de no cumplirse aquellas condiciones, volvería por sí mismo á constituirse en prisión bajo el poder de D. Alonso.

El Rey relevó al Conde y á su hijo de cumplir nada de lo estipulado, y entonces, D. Diego, envió un cartel de desafío á D. Alonso, para que compareciera en Granada el viernes 10 de Agosto de 1470, ante la corte de Muley Hacén que se había prestado á cederles terreno para la lucha bajo su salvaguardia, por haberles prohibido el Rey de Castilla, bajo severas penas, luchar en sus dominios.

El erudito escritor granadino Sr. Lafuente Alcántara refiere así el suceso:

«Llegó el día crítico, y el pueblo y señorío de la corte de Granada y muchas damas y doncellas moras acudieron con impaciencia á las gradas del palenque. Momentos antes de comenzar la escena apareció Muley con la Sultana y con los príncipes, y ocupó, bajo un dosel, los blandos cojines de su tribuna, y á su lado sentáronse varios magnates moros elegidos jueces del campo y asistidos por el escribano real Almanzor de León que debía consignar una relación verí-

dica de todos los lances. D. Diego, armado de todas piezas y montado en un caballo arrogante, salió á la hora precisa con gentil apostura, paseó el palenque, sin que pareciera D. Alonso de Aguilar, y mandó á uno de sus farauces que le llamase y desafiase en alta voz: y aunque esto se repitió muchas veces no sonó trompeta que anunciase la llegada del competidor. Continuaron los llamamientos toda la tarde sin resultado; traspuso el sol por las cumbres lejanas y entonces salió otro faraute con una tabla en que Don Alonso aparecía pintado en faz ridícula, y ató este retrato á la cola del caballo de D. Diego. Hincó éste el acicate y arrastró ignominiosamente la efigie hasta convertirla en astillas, diciendo con voz arrogante: «Este es el alevoso D. Alonso de Aguilar, que denegando su persona no vino al plazo señalado.» Un caballero de los concurrentes, Abencerraje y amigo de D. Alonso Aguilar, no pudiendo mirar con indiferencia los ultrajes con que se infamaba la honra de su amigo ausente, se levantó despechado, corrió á su palacio, dió prisa á sus criados y esclavos, y saltando en un caballo africano y empuñando una de sus lanzas, bajó con celeridad, saltó una valla por no entretenerse en buscar puerta y presentóse cara á cara con el mantenedor. No fué más pronto aparecer el moro que interponerse una turba de alguaciles y esbirros destacados por el Rey para prenderle. La audacia del Abencerraje causó murmullos y turbación en el concurso: la plebe gritaba; los nobles opinaban de diverso modo; los jueces no sabían á qué atenerse en semejante caso, no marcado en sus reglas de caballería; la Sultana y las damas se agitaban sobresaltadas; el Rey

daba señales de indignación; y á todo esto D. Diego, medido en mitad de la liza con los graciosos escarceos de su caballo y preparado con la adarga al pecho, la lanza en ristre y el acicate á punto, reforzaba la voz pidiendo que le dejasen cebar sus iras en aquél moro. En esto se presentó un faraute montado en un caballo, y tocando una trompeta pudo acallar el murmullo. Restablecido el silencio promulgó orden de Muley, que imponía al moro pena de muerte con la cabeza cortada allí mismo, por haber promovido la turbación é infringido las leyes y costumbres de la caballería. No bien acabó el pregonero de publicar este decreto átroz, desmontóse D. Diego, confió á sus escuderos las riendas de su caballo, su lanza y adarga, y subiendo al dosel del Rey se hincó de hinojos y pidió por merced el perdón de aquel caballero. Muley no pudo menos de deponer su severidad y otorgar lo que imploraba su esclarecido huésped. Concluída, sin otro suceso, la ceremonia, el Rey declaró por medio de otro pregón que D. Diego había cumplido como bueno, leal, esforzado y verdadero caballero cuanto á su honor convenía. El escribano Almanzor extendió diligencia de todos estos actos, puso el proceso en manos de los jueces, y éstos pronunciaron sentencia en 15 de Agosto declarando, según derecho de armas, vencedor al Mariscal y vencido á D. Alonso. D. Diego retiróse á sus estados y mandó copiar mil ejemplares del proceso y pintar muchos lienzos, que repartió gratis, en que aparecía D. Alonso pisado por su caballo con un letrero que decía: *Este es D. Alonso Aguilar.*»

La fama que de Capitán valeroso, invicto y esclare-

cido, como le llama un historiador, gozaba D. Alonso, no parece que sufriera grave daño por el malhadado suceso del desafío, si bien hay que convenir, en que tanto en la prisión de su pariente D. Diego como en su falta al reto de Granada, no procedió con la corrección, arrojo y nobleza que cumplía á un caballero de su talla. Fué D. Alonso Fernández de Córdova, Señor de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, y tras una vida gloriosísima, en que pareció tener unido á su suerte el carro de la Victoria, murió heroicamente combatiendo contra los revelados moriscos de las Alpujarras en el desastroso combate ocurrido en Sierra Bermeja la noche del 16 de Marzo de 1504.

(6) **La Virgen de Consolación.**

De un antiguo castillo que supo
abatir á dos Reyes el cetro.

En el año de 1300 fué derrotado al pie de las murallas de Baena el rey Mahomad II de Granada, y en 1483 fué hecho prisionero en la batalla de Lucena el Rey Boabdil (el Chico) por las gentes de Baena, al mando del Conde de Cabra, y conducido después á la fortaleza de dicha población; á cuyos hechos aludimos en los dos versos arriba copiados. También dedicamos dos leyendas á esos sucesos en este mismo libro.

(7) **La Cruz de la Roldana.**—El asunto de esta leyenda es rigurosamente histórico. Hemos tenido ocasión de leer un antiguo documento notarial que obra en poder

del Sr. D. Manuel Calderón y Roldán, vecino de Luque, que nos lo facilitó generosamente, en el que se consiguan los sucesos que narramos respecto á la desgraciada muerte de Isabel de Arrebola. Aparece, que sorprendida ésta con su marido y otros caballeros cristianos, en el camino de la fuente de Luque, por una partida de moros á caballo, corrieron todos á guarecerse en el castillo, sin cuidarse unos de otros, abandonando á la infeliz Isabel, que no pudo seguirles. El documento dice textualmente: «E su marido se la dexó, é le cortaron los Moros las tetas, camino de la fuente de Luque, é le ganó su caballo á un Moro, estando herida, el qual se quiso apear para cortarle la Cabeza y ella le ganó la lanza y le mató al Moro con ella, porque los otros moros iban delante tras otros quatro Caballeros Cristianos que la habian dexado, y ellos iban de huida á guarecerse en el Castillo: y la cáfila de Moros á Caballo que iban en Zaga de ellos pasaron de largo y no la pudieron ver: y ella metió el Caballo de rienda en el Castillo, herida como estaba, y allí murió.»

Hoy, después de siete siglos, queda en la cuesta que conduce á la fuente de Luque, una sencilla cruz de piedra que marca el sitio en que Isabel de Arrebola sufrió la amputación de sus pechos, realizando su última hazaña.

Una larga inscripción, que ocupa las cuatro caras de la cruz, hace memoria del inaudito suceso.

Fué Luque ganada por primera vez á los moros en el año de 1240 por Fernando III, según cuenta la crónica de este Rey y refiere Fray Jaime Bleda, en su *Crónica de los Moros de España*, citándola entre otras muchas poblaciones,

con el mismo nombre de Luque que hoy lleva, cómo se lo da también Juan de Mena en la copla 283 de sus *Trecientas*, hablando de aquel insigne Monarca:

«Conquistó las villas de Castro é Vaena,
Córdoba, Ecija, Palma y Estepa,
tanto que non se membraba do quepa
la su fortaleza con gran dicha buena.
Ganó mas, Obejo, Trojillo é Marchena,
ganó á Hornachuelos á *Luque* é Montoro;
Por tales logares sembró su tesoro
no le cobardando fatiga ni pena.»

Las vicisitudes de la guerra hicieron que algunas de las villas y fortalezas reconquistadas volvieran á caer después en poder de los musulmanes, y tal suerte siguió Luque con Rute y algunas otras, sin que conste la fecha precisa de su pérdida, que muy bien pudo ocurrir durante la menor edad del Rey D. Fernando IV, en que también se perdió Alcaudete y estuvo á punto de perderse la inexpugnable Baena, por el abandono en que se hallaban las fronteras, á causa de las discordias y traiciones que se agitaban en la Corte de Castilla.

En los primeros días de Agosto del año de 1341 partió el Rey D. Alonso XI, con un fuerte Ejército, de Exija, y pasando por Baena, invadió las tierras granadinas conquistando á Alcalá de Benzayde (hoy la Real), Priego, Rute, Carcabuey y Benamejí, según se refiere en la Crónica de aquel valeroso monarca, y aunque consta en documentos privados que el día 24 de aquel glorioso mes fué también

ganada la villa de Luque, es de notar que la Crónica no la cite con ese nombre, y en cambio hable de un castillo muy fuerte que tenían los moros, no lejano de Alcaudete, llamado *Lotorques*, que no sabemos á punto fijo cuál fuera, ni si tiene alguna relación con Luque. En documentos particulares que hemos consultado se dice que Luque se llamaba entonces Castillo de Benzayde, pero la Crónica sólo da ese dictado á Alcalá, y no creemos que los cronistas hubieran omitido consignar tal nombre si, efectivamente, Luque lo hubiera llevado, tratándose de tan importante plaza fronteriza. Quizás del nombre de Luque con que se la conoció después de la conquista de San Fernando en 1240, vino el de *Lotorques*, cuando volvió á poder de los moros, recobrando el antiguo de Luque al ser reconquistada por Alfonso XI.

Los caballeros principales que este Rey dejó en la villa en 1341, en que debió ocurrir el suceso que narramos en la leyenda, fueron Luis de Luque, Alfonso de Luque, Cristóbal de Ayala, Francisco Roldán y Cristóbal Roldán, que era esposo de Isabel de Arrebola.

(8) **La Prisión de Boabdil.**—Ocurrió este glorioso hecho de armas el día 21 de Abril de 1483, siendo caudillo de las tropas de Baena D. Diego Fernández de Córdoba, segundo Conde de Cabra, Señor del Estado de Baena.

D. Francisco Fernández de Córdoba, individuo de la misma familia, más conocido por el Abad de Rute, escribió una *Historia de la Casa de Córdoba*, M. S. que se conserva en la Biblioteca Nacional, y en ella dice, refiriendo minuciosamente la batalla de Lucena, que cuando fué Boabdil

descubierto y preso por algunos soldados, ocultó su rango y nombre diciendo ser un caballero granadino de la familia de Alnayar, y que como tal, fué conducido prisionero á Lucena; y luego añade, que llevaba ya tres días en la torre del Homenaje, sin que se hubiera dado á conocer, cuando habiendo sido visto, casualmente, por otros prisioneros de Granada, se postraron éstos en su presencia y prorrumpieron en sentidos lamentos llamándole su Rey y Señor; sabiéndose entonces que era el mismo Boabdil. Después sigue narrando los sucesos que se siguieron y dice que el Rey moro fué conducido desde Lucena á Córdoba por el Alcaide de los Donceles, viaje que hizo *sin ver á Baena*, y añade, que era falsa la tradición que en esta villa corría de haber estado Boabdil preso en su fortaleza, hecho que el Abad de Rute trata de desmentir con marcado interés.

Este escritor, que con frecuencia nos parece harto apasionado al narrar los sucesos de su propia casa y familia, vivió un siglo después de ocurrir la batalla de Lucena, y á sus afirmaciones se han atenido, más tarde, en ese punto, los historiadores modernos D. Modesto Lafuente y Don Miguel Lafuente, que relatan aquellos sucesos casi con las mismas palabras del Abad, en la *Historia General de España* el primero y en la *Historia de Granada* el segundo.

Examinando serenamente las crónicas de la época y los testimonios de muchos historiadores, más antiguos que el Abad de Rute, y algunos contemporáneos de aquellos sucesos que presenciaron, no puede menos que ponerse en duda lo que el Abad afirma y someterlo al análisis impar-

cial de la crítica, cosa que hubieran hecho personas más competentes y autorizadas que nosotros, antes de ahora, si la *Historia de la Casa de Córdoba*, á que nos referimos, no hubiera permanecido inédita y desconocida de mucha gente. Nosotros vamos á someter á la consideración de nuestros lectores los datos que hemos recogido y las observaciones que se nos ocurren, para que juzguen después de cuál sea la exacta versión de los sucesos.

Principiaremos diciendo que nos parece harto inverosímil que al ser conducido Boabdil prisionero á Lucena, en unión de algunos millares de sus vasallos que corrieron su misma suerte, no fuera en el mismo campo de batalla ó en el camino, visto por ellos, ni hicieran manifestación alguna de respeto ó de dolor en su presencia que denunciara su rango, como sucedió tres días después en la misma prisión del Monarca, cuando sólo una casualidad hizo que algunos de sus súbditos le vieran y se enteraran de que estaba preso, según el Abad de Rute.

Fray Jaime Bleda, escritor que trató las cosas de los árabes con escrupuloso interés, dice en su *Crónica de los Moros de España*, hablando de la prisión de Boabdil:

«Y metiose por una espesura de matas por la ribera del arroyo. Y en aquel lugar le acometió un peon de Lucena llamado Martín Hurtado para prenderle, y el Rey echó mano á un puñal y defendiose dél. Juntáronse otros dos peones con el primero y viéndose el Rey acosado les dijo: que supieran aprovecharse de su ventura, pues tenian al Rey en sus manos.»

D. Fernando Josef López de Cárdenas, en sus *Memo-*

rias de la Ciudad de Lucena, dice también lo siguiente, tratando del mismo asunto:

«Llevaronlo á Lucena (á Boabdil) y conocido en el camino por los suyos y participada la noticia á los cristianos lo pusieron en el castillo del Moral con la decencia que correspondía á su persona.»

Tenemos aquí ya dos escritores, dignos de crédito, que nos dan dos versiones más aproximadas á la lógica que la del Abad de Rute, respecto á cómo fué conocido Boabdil. Pasemos ahora á examinar el punto referente á la estancia del Rey moro en Baena, que niega, como ya hemos dicho, el autor de la *Historia de la Casa de Córdoba*.

Esteban de Garibay, historiador bastante inmediato á aquellos sucesos, que bien pudo conocer y tratar á personas que los presenciaron, y que además registró los Archivos y Bibliotecas de la Nación siendo Bibliotecario de Felipe II, dice en su *Compendio Historial de España*, refiriendo la batalla de Lucena:

«Siendo entre los soldados repartida la presa de esta victoria que á los moros quitaron, dieron al Conde de Cabra la persona del Rey Moro, como autor de la victoria, aunque muchos atribuyen tanta gloria como á él al Alcayde de los Donceles, y el Rey Chiquito fué muy realmente tratado.»

Más adelante, añade, refiriendo las negociaciones entabladas para conseguir la libertad del prisionero, lo siguiente:

«La Reina mora madre del Rey Mahomad, el preso, que al hijo favorecía, envió, juntamente con los moros de su parcialidad, sus mensajeros al Rey de Castilla, á tratar de la libertad del Rey su hijo, prometiendo vasallaje perpetuo,

con doce mil ducados de parias, allende de gran suma de dinero de rescate y de soltar trecientos prisioneros cristianos de Granada, los que el Rey quisiese.....
Por lo cual el Rey de Castilla haciendo traer al Rey Mahomad *de poder del Conde de Cabra* lo puso en el de Martín de Alarcon, Alcaide de Porcuna.»

Hernando del Pulgar, que como todos sabemos vivió en aquel tiempo, siendo testigo presencial de los sucesos, Cronista de los Reyes Católicos y gran autoridad, por consiguiente, en la materia, en el capítulo XX de su *Crónica* refiere la batalla y sucesos que la siguieron con gran suma de detalles, y dice entre otras cosas.

«En aquel lugar se fallaron muertos fasta mil Moros, allende de los que murieron en otras partes; é fué preso el Rey de Granada, é murieron algunos Alcaldes é cabeceras del Reyno de Granada, en especial murió el Alatar que era Alcaide é Capitan de Loxa, é fué tomado el recuaje que traian, é fueron traídos presos á las villas de Lucena é de Aguilar muchos de ellos. E fueron tomadas nueve vanderas, las cuales con la cabeza de un Rey puesta en una cadena, el Rey é la Reyna dieron la facultad que el conde traxese en el escudo de sus armas, y en las orlas que estan en el circuito del escudo. Cogido el despojo, é traído el Rey Moro ante el conde de Cabra, visto como poco antes la fortuna le dio poder de Rey, y el infortunio le puso tan presto en estado de subjeto: por le consolar le dixo, que si como home discreto consideraba el presuroso movimiento de las cosas humanas, ni la prosperidad que poco antes tovo le debía alterar, ni la adversidad que tan presto le vino le

debía entristecer. Porque así como el bien pasado no tuvo firmeza así el mal presente se puede mudar. E con estas, é con semejantes palabras consolándole, é guardándole la honra que debía como á Rey lo llevo preso á la su villa de Vaena.»

El Sr. Lafuente Alcántara, en su *Historia de Granada*, copia también este pasaje de Pulgar, pero truncándolo y omitiendo su última parte, con lo que deja de consignar, por seguir al Abad de Rute, lo que dice Pulgar de la estancia de Boabdil en Baena.

En el capítulo XXIII de su citada *Crónica* añade Pulgar lo siguiente:

«Estando el Rey en la cibdad de Córdoba, vinieron á él mensajeros de la madre de Muley Bahabdelí, Rey de Granada, que estaba preso *en poder del Conde de Cabra*, é de parte de otros Caballeros é cabeceras del Reyno de Granada, que estaban á su obediencia, á le suplicar que le ploguiese ponerle en libertad.....

.....El Rey oida aquella suplicacion, embió mandar al Conde de Cabra que traxese al Rey de Granada é gelo entregase. El Conde obedesciendo el mandamiento del Rey partió luego de la su villa de Vaena é vino para la cibdad de Córdoba y traxo al Rey de Granada preso y entregolo al Rey.»

El sapientísimo D. Antonio de Nebrija, cronista de los Reyes D. Fernando y D.^a Isabel, testigo presencial de los sucesos, irrefutable por la veracidad y conciencia con que escribió la historia de aquel reinado glorioso, cuyos días vió transcurrir, dice en el libro II, folio 60, después de hacer la descripción de la batalla de Lucena:

«Rex ipse captus, Alatar et duces alii hostium caesi atque ita victores nostri eo ex conflictu redierunt in morem triumphi cum captivis et praeda, quam et hostibus averterant quae in manubias redacta in commilitónibus distributa est. Rex ipse captivus extra sortem Comiti donatus, apud quem honorifice atque pro dignitate regia tractatus est.»

Lo que traducido libremente al castellano viene á decir:
«Preso el mismo Rey, muertos Aliatar y los otros jefes de los enemigos, y de este modo triunfantes los cristianos en la lucha, volvieron, según costumbre de los vencedores, con los cautivos y la presa que habían arrebatado á los enemigos, la cual fué distribuída entre las tropas que habían tomado parte en la batalla. *El Rey cautivo fué dado al Conde, sin entrar en suerte*, el cual trató al regio prisionero con el honor que era debido á su alta dignidad.»

Más adelante, en el mismo libro, folio 63, hablando de las activas gestiones que entabló la madre de Boabdil para conseguir la libertad de éste, dice el insigne Nebrija:

«Rex audita legationis summa, dat litteras ad Aegabrensem Comitem utque ducat, aut mittat ad se Maurorum Regem petit. At ille non gravate jussis Regis obsecutus Regem captivum deducit. Laudatur Comes, atque honorifice ab Hispanorum Rege accipitur gratiasque illi agit, quod tam impigre illius voluntati obtemperarit, Regem captivum Martino Alarconi, Porcunati arcis praefecto tradit.»

Párrafos que dicen, libremente traducidos:

«Oída por el Rey la Embajada, expide cartas al Conde de Cabra pidiéndole que traiga ó envíe á su presencia al

Rey de los Moros, y el Conde, de muy buen grado, obedeciendo las órdenes de su Monarca, condujo por sí mismo al Rey cautivo. Fué el Conde honoríficamente recibido y alabado por el Rey de los españoles, dándole gracias por haber obedecido sus mandatos con tanta diligencia; entregando al Rey cautivo á Martín de Alarcón, Alcaide de Porcuna.»

No hay un solo escritor antiguo que niegue ni ponga en duda testimonios tan elocuentes de autoridades tan irrecusables, ni nadie ha dejado de dar crédito á la tradición baenense, que el Abad de Rute tuvo á bien declarar falsa, sin tener en cuenta que tras ella están Nebrija, Pulgar, Garibay y otros ciento que la fortalecen con sus declaraciones de testigos presenciales y de historiadores, cuya veracidad no es dado poner en duda. Si en los sucesos de nuestra *leyenda* hubo algo de cierto, pudiera ser que el Abad de Rute, celoso por la honra de su casa y por el buen nombre de una dama de su familia, intentara destruir el fundamento de aquélla, arrancándolo de raíz, ó sea principiando por negar que Boabdil estuviera nunca en Baena; recurso disculpable que no carece de precedentes en la Historia.

(9) Toda la canción que ponemos en boca de Boabdil está tomada del poema *Granada* de D. José Zorrilla. Al coincidir en este único punto, los sucesos de nuestra modesta *leyenda*, con los de aquel admirable libro de nuestro gran poeta, no hemos vacilado en tomar de él ese fragmento, porque ni habíamos de acertar á componer nada

que le imitará, ni es más que un detalle para la esencia de nuestra composición ajena en su asunto á la inmortal obra de Zorrilla. Por otra parte nos lo agradecerán nuestros lectores y honramos sobremanera las páginas de nuestro libro.

(10) La leyenda de Boabdil que publicamos está fundada en la Historia, en la tradición y también en la fantasía popular y en la imaginación de los escritores que han tratado del asunto. Nosotros hemos formado nuestra composición con los datos que en aquellos hemos encontrado, sin añadir nada por nuestra cuenta, y para dar á cada cual lo que es suyo, añadiremos á los que más arriba dejamos apuntados los siguientes:

D. José Zorrilla, en su ya citado poema *Granada*, acepta como ciertos los amores de Boabdil con una cristiana durante la prisión de aquél en Baena, según se desprende de la siguiente estrofa:

«Venid á mis conjuros, yo os evoco,
sombras enamoradas de Baena;
almas á quienes dió por su amor loco
lecho la eternidad, la vida pena;
tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco
para abrazar traidor la fe agarena,
y tú, africano rey, cuya alma insana
vendió su corazón á una cristiana!»

El docto académico D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, gran investigador de monumentos, historias y curiosidades andaluzas, visitó á Baena, hace ya muchos años,

encontrando, en sus Archivos y piedras, noticias de interés para la historia, que tiene publicadas en libros, revistas y periódicos.

A su laboriosidad se debe un curioso y antiguo documento, hallado por él, no sabemos dónde, y publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1852, página 121 y que copiamos á continuación:

«Cuando el Conde D. Diego de Córdoba, Señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martin Gonzalez á Mahomad Baudilin el Chiquito, vigésimo Rey moro de Granada, é le truxo á esta su villa, como saliera á la cava á les rescibir la Condesa D.^a Maria con todos sus fijos é fijas é servidores et escuderos, é viese el Rey Chiquito á la fija mayor de la Condesa, fembra de muy grand fermosura, é muy granada é cumplida, fincó mas pobre é lacerado, preso en los amores de la doncella, que lo fuera con los hierros é desdichas de la captividad. E como le tomase gran tristura é pena luego que fué puesto á recaudo en esta torre del Homenaje, el Conde D. Diego le facia muy grand cortesia é placer por le consolar é animar en su desventura, diciendole que las malas suertes é las buenas eran como las pluvias de verano, que tan pronto venian como se iban, ó como yerbecicas de los oteros, antes secas que nascidas; é de esta guisa le daba muy grand consolacion con falagueras razones: é por face-lle toda honra é merced le llevaba á la cámara de la Condesa D.^a Maria, que era muy gran señora é muy entendi-da. Acontesció una noche que como Baudilin se veyese en su cuadra é contemplase quan aviesa le iba la fortuna, é

recordase en su reino desamparado, é á los sus parciales muy apretados é perdidos, comenzó de sospirar tan tiernamente que daba muy grand compasion á los que le oian. E como quier que non podiese dormir, é la noche fuese muy clara con la luna que parescia en el cielo, é le viniesen á las mientes las visiones de aquel amor que otrosí le tenia mucho acoitado, forzaba por se asomar á las lumberras é finestras de la torre por se consolar con las de aquella donde se aposentaba la doncella. E como Gallegos se oviese imaginado que el cativo se iba á fuyir, preguntole que facia, é dixole que parase mientes que mas forzado era hí por su palabra que por los cerrojos é candados, é que non complía á los varones fuertes la furia del basilySCO cuanto la prudencia é el sufrimiento, ca fuera mejor caballero quien sopo sufrir. Baudilin le replico que non era de sesudos nin de cuerdos hombres afrentar al caballero que non se podia valer por su mal andanza, et dijole que un Rey non facia nunca desaguísado por ende perdiere su houra. E como Gallegos acatase las razones del Rey Chiquito, y le apretase á que le descubriese sus penas, prometiendole servir en todo, el Rey se las descubrió; é Gallegos fizo en adelante porque el Rey Chiquito fablase con D.^a Francisca la fija del Conde que era muy fermosa, é muy buena, otrosí é mucho honrada: et estaba á esta sazón el Conde en Córdova. E acontecia que la doncella é Baudilin comenzaban de gestionar en las vistas, et en burlas, la doncella porque el Rey Chiquito se convirtiese á nuestra sancta fee catholica, et el Rey porque D.^a Francisca se tornase mora, prometiendola facer Reina del Alhambra, Xencalarife, é el

Xaragüi, é los floridos Alixares: é les placia hablar é volver á ello, é tanto que las burlas se tornaron veras é quedo tan cativa la señora como el Rey desleal, é falso, é mozo mal aconsejado: ca el amor no es en poder del hombre. D.^a Francisca pugnando con su passion é con la ofensa que facia á Dios, se quiso confiar de la su hermana Doña Brianda, que despues casó con D. Diego Ramirez de Guzman, é fue Condesa de Teua: é tanto se comprimió el corazon de D.^a Francisca con los consejos é advertimientos de la su hermana mas pequeña, é con que D.^a Brianda lo oyiese contado todo á D.^a Marina, vuestra madre, que cayendo en el lecho asaz doliente, llegara á punto de morir de muy apretada malatia, si D.^a Brianda no le dixesse que aquel non era fecho de cristiana y honrada, é que lo descubriria todo á la Condesa D.^a Maria si no posiese remedio. E como ya fuese muy andada la luna, é los campos se avian cobierto de verduras é de flores, et el vientecico traia sus olores muy dulces, D.^a Francisca dábase prisa á convalescer y á se alegrar en las huertas é alcarias que se parescen por bajo de Luque, é en las fuentecicas que hi corren de muy claras é frescas aguas, entre los almen-dros é olivos é jarales. E como quien que non le podiese parar la memoria de los sus amores é otrosi le oviessen venido nuevas de que el jueves en aquel día llevarian á Córdoba á Baudilin, é que non le volveria á ver por aventura, llamó uná siesta á Gallegos é le encomendó que le sacasse la semblanza de Baudilin con el mesmo vestido é ropas que tenia en la batalla en que fue cativado, ca Gallegos era muy diestro en el arte de la imaginaria: é Galle-

gos se lo ofrescio mucho honradamente, é fue á Baena é ge lo demandó del Rey Chiquito é plógole grandemente á Baudilin, mas non se pudo facer la semblanza, ca fue llevado el Rey á Córdoba, é dende alli á Porcuna fasta que se acordaron los pactos. D.^a Francisca non quiso tornar á Baena, é pasaba los dias en aquellas huertas é alcarias asaz melancólica, fasta que una alborada vido que los ginetes de Luque corrian por los campos et el castillo facia la salva, é que llegaron mandaderos á la Condesa á facerle saber como el Rey de Granada le queria besar las manos antes de seguir la via que para su reino facia, ca se fallaba libre é desembarazado de su captividad por largueza de los Señores Reyes Catholicos D. Hernando é D.^a Isabel. La Condesa le fizo muy grand cortesia é mucha honra, et el Rey le fizo presente de muy ricos paños, et de alambar et algalia é de otras buenas especias et de muy buenos olores, et de sendos briales de muy grand obra para las fijas de la Condesa: é otrosí para D.^a Francisca una tabla con un sancto rostro de nuestro Redemptor Jesu Christo, é lo cobrian cendales y brocado: et el Rey Chiquito dixole á D.^a Francisca que aquel don non era de moro, antes de cristiano caballero, et que esto ficiera por mas le servir et le mostrar lo que sabia facer. D.^a Francisca gelo agradesció como podedes entender que podía lo agradecer; é fincó que le arrancaban el alma; segund era el dolor que sintió con la venida de Baudilin, et las nuevas de su partida, ca mas le pluguiera tenerlo preso en la torre: et estuvo á punto de caer sin sentido. Luego que partió el Rey é se perdieron los zagueros por las sierras

de Luque, Gallegos asaz recatadamente dixo á D.^a Francisca que levantase los paños que cobrian el sancto rostro; é la doncella fincó espantada con la semejanza de la pintura, ca en el respaldo del sancto rostro avia trasladado maese Antonio en Córdova la semblanza de Baudilin, con los arreos que dixiera la doncella. E desde aquel dia la doncella comenzó de adolescer muy mal, é todo su cuerpo fue cubierto de llagas que gafedad parescian, con muy grand dolor é queja: é como quier que entendiese que non podia escapar de la muerte fizo llamar á D.^a Marina de Velasco, vuesa madre, para que fablase con un fraile de la orden de Sant Agustín, que era muy grand siervo de Dios: et el fraile dixo que la enfermedad de D.^a Francisca era por pecado que ficiera: et D.^a Francisca lloró muy fieramente é pidió al Conde é la Condesa la metiesen monja en Sancto Domingo, é antes fizo que Gallegos pintase una argolla al cuello de Baudilin, ca el Conde D. Diego le habia vencido en batalla, é la christiana doncella habia vencido los encantamientos que ficieran en la semblanza del Rey Chiquito: y non la fizo quemar, ca la semblanza habia tomado iglesia en el sancto rostro del Redemptor del mundo. E dió otrosi la tabla á vuestra madre para que la guardase: é pidio al Conde que echase á Gallegos de la tierra é que non volviese mas. Et el mismo dia que professó la doncella fue sana, ca trocara la muerte é la mentira por la vida é la bienaventuranza.»

Hasta aquí el curioso papel: luego añade el Sr. Guerra y Orbe, que gracias al celo del Sr. D. Francisco Fernández de Córdova, más generalmente conocido por el *Abad de*

Rute, se conservó el retrato de Boabdil, que en la actualidad posee el citado erudito académico, quien describe la pintura en estos términos:

«La tabla de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparación de yeso y exceptuando el sitio que debían ocupar el rostro y cabellera, fué toda la extensión del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijara los colores y el punzón labrase la corona, las ropas y la cadena. Por la pintura, se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba. Esmeraldas y rubíes engarzan la corona que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta mitad es de un color, mitad de otro; verde recamada de lises de oro, carmesí recamada de rosas del mismo metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa bordada y respunteada de encarnado. La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.»

No sabemos si la D.^a Francisca empezaría su vida monástica en el convento de la Madre de Dios de Baena, donde murió, en cuyo caso sería bastante entrada en años cuando se decidió á profesar, toda vez que el dicho convento no se fundó hasta el año de 1510.

Sus cenizas reposan en el coro, al pie del sillón presidencial, donde hay una losa con esta inscripción:

«Aquí yacen las Escmas señoras duquesas de Baena, D.^a Francisca Fernandez de Córdoba, la marquesa de Ardales Sor Ana de Jesus Maria y D.^a Ana de Toledo su hija y Sor Ana de la Cruz, hija de los marqueses de Priego, y Sor Maria de Santo Domingo y Sor Catalina de Jesu-cristo: año de 1634.»

En la crónica del convento consta que por los años de 1780, las novicias abrieron de noche este sepulcro para ver lo que en él había, y hallaron, puestas con mucho orden, unas urnas de plata donde están encerradas las cenizas de dichas religiosas.

(11) Y hasta que bajó á la huesa,
no se borró en su memoria
el recuerdo de Baena.

Este suceso glorioso para las armas cristianas ocurrió el año de 1300.

D. Modesto Lafuente, en su *Historia General de España*, dice hablando del reinado de Fernando IV:

«Abreviemos los enojosos sucesos de este reinado de discordias y de intrigas. Aprovechándose de ellas como buen político el Rey Mahomad II de Granada, no sólo había mantenido con esplendor su pequeño Reino, sino que había llevado sus huestes hasta las puertas de Jaén, *incendiando el arrabal de Baena* y apoderándose de la fortaleza de Bezmar, hasta que fué llevado en 1302 del reinado de esta vida al eterno descanso.»

Esteban de Garibay, en la *Crónica General de España*, refiere así el hecho:

«Durante las guerras de estos años, el Rey Mahomad cercó á Alcaudete, pueblo de la Orden de Calatrava, cuyos caballeros y gentes que dentro se hallaban, no siendo partes para defender, la tomó dentro de pocos días, y con esta victoria, cercando á Baena, donde estaban Alonso Pérez de Sahavedra, que tenía el alcázar, y Fernando Alonso de Córdova, hijo de D. Alonso Fernández, y Payo Arias, y Juan Martínez de Argote y otros caballeros cordobeses, entró en el pueblo hasta ganar la mitad, de donde estos caballeros, que de los vecinos del pueblo fueron valientemente ayudados, echaron á los moros, por lo cual el Rey Mahomad dió vuelta á Granada.»

Para ilustrar hecho tan importante para la historia de Baena, hemos de hacer algunas aclaraciones relacionadas con el teatro donde ocurrió el suceso.

Se asentaba en aquel tiempo la villa en la cumbre y faldas del cerro donde aún vemos su castillo, y estaba rodeada de dos órdenes de murallas; la interior cercaba la parte principal llamada Almedina, que en árabe quiere decir la ciudad por excelencia, y en ella se encontraba el castillo, la iglesia mayor, las casas de cabildo y todas las solariegas pertenecientes á la nobleza; la segunda, de la cual apenas quedan indicios de que haya existido, rodeaba todo el resto de la población.

Fácil cosa es todavía el señalar los límites de la muralla interior, pues á pesar de las injurias del tiempo y del abandono con que ha sido mirada, permanece en muchos puntos derecha, flanqueada de sus torres, algunas tan notables como la del Sol y la de Clavijo, y conservándose en

mediano estado dos arcos morunos, que fueron puertas por donde comunicaba la ciudad con los barrios exteriores; mas, como es posible que muy pronto desaparezcan por completo unos y otras sin dejar rastro de su existencia, señalaremos en esta nota su situación por si tuviera la suerte de servir de algo á las gentes venideras.

El cerro sobre que estaba construída la villa forma un cono casi regular, de gran altura, con rápidas pendientes, que hacen difícilísima la subida, excepto por la parte N., donde un declive más suave ofrecía, en aquellos tiempos, más probabilidades de éxito, en caso de un ataque, si llegaba á ganarse la primera muralla.

No desconocieron los árabes esta circunstancia y levantaron, durante su dominación, el castillo al extremo superior de aquel declive, dominándolo por completo, como parte más débil por naturaleza á que era preciso ayudar con obras de arte.

De la puerta más antigua y principal de la fortaleza, que mira al N., arranca el muro que circuye la Almedina, dirigiéndose por la Tela al SO. y abriéndose en él, primero, el arco llamado de la Villa, hoy destruído, y algo más adelante el de Santa Bárbara; ambos eran de moderna construcción y sus puertas de escasa importancia y resistencia. Desde este último arco, seguía la muralla entre la plazuela de Marín Alba ó Clavijo y el antiguo barrio de San Juan, recurvando al E., dejando fuera el de la Zapatería, donde aún se ve el antiguo arco llamado Oscuro, y más adelante el de Consolación, que fueron antiguas puertas, fuertes y dispuestas sus entradas en ángulo recto para facilitar su

defensa. Ambos son morunos y, sin duda, de los más antiguos que quedan de aquella época. Sigue luego la muralla por el lado E., donde se encuentra la torre del Sol, ya citada, y dejando dentro el Hospital de Santa Marina, se inclina al N. para cerrar su recinto en la entrada del castillo, donde había también una puerta moderna que llevaba el nombre del Hospital y cuyo arco se conserva derecho.

Más difícil nos será señalar el lugar preciso que ocupó la muralla exterior, pues ésta ha desaparecido por completo sin dejar más que algunos ligeros indicios de su existencia.

Principiemos por la parte en que se conserva un resto de ella: la torre que ocupa la ermita de la Virgen de los Remedios. Arranca el muro de esta torre pasando por delante de la iglesia del Salvador, antigua parroquia, perdiéndose inmediatamente; pero es indudable que seguía la margen derecha del Marbella, pues no hace muchos años se conocían algunos restos de su construcción frente al sitio que ocupó la iglesia de la Magdalena, también parroquia, y otros más abajo; hasta que aparece, en mejor estado de conservación, cercana al molino llamado de la Puerta. Este nombre nos dice que allí debió existir una de aquellas para el servicio del molino y el abastecimiento de agua del río á los vecinos. Desde esa puerta seguía la muralla la dirección del río, que le servía de foso, dejando dentro del recinto la antigua parroquia de San Pedro, ya destruída, y el convento de San Francisco, tomando entonces la dirección Norte por la margen izquierda del barranco de la puente de Perales, en cuyo punto se abría otra puerta llamada de Córdoba, nombre que conserva la calle que á ella condu-

cia. Continuaba luego la muralla en la misma dirección y siempre al abrigo del barranco citado, hasta que replegándose bruscamente, buscando el terreno más alto del cerro por la llamada Velilla Alta, esquinas del Colegio del Espíritu Santo, calles de la *Muralla*, y Galana, entrando por el alto Barrizal y bajando por la calle de Francisco de Dios, donde quedan hoy sus cimientos, iba á cerrar en la ermita donde hemos tomado el punto de partida, unida ya con el Marbella. Otra puerta debió existir en la Calzada, y de las más importantes, pues el nombre de la actual calle indica que por ella pasaba entonces un camino firme.

El celo religioso de nuestros abuelos hizo desaparecer de las calles los nombres árabes, que sólo algunas conservan, como la Tela y el Albaicín, y esa circunstancia nos priva de la luz que los tales nombres pudieran arrojar para el estudio de lo que fué la población en aquellos lejanos tiempos; pero algo podemos conjeturar en lo referente al estudio que vamos haciendo en apoyo de nuestra tesis de los actuales nombres de ellas.

La calle *Nueva*, la del *Barranco*, la del *Campillo*, la del *Barrizal* y *Barrio Nuevo*, indican claramente con sus nombres que son de moderna fundación, y lo que eran los lugares en que se construyeron cuando fué derribada la muralla exterior de que nos venimos ocupando.

Hallábase, pues, la población encerrada en el cinturón que dejamos marcado, siendo su núcleo principal las laderas despobladas hoy, que miran al río, alrededor de las destruidas parroquias del Salvador, la Magdalena, Santiago y San Pedro, cuando fué atacada por Mahomad II.

Lo inexpugnable de este lado del pueblo, á cuyo pie corre el Marbella por estrecho y profundo cauce, y la suave pendiente del opuesto, donde además se encontraba la *Calzada* con su puerta, y al frente anchuroso campo donde desplegar las tropas disponiéndolas para el ataque, no deja duda de que éste debió ser dirigido contra la citada puerta principalmente y contra los lienzos de muralla inmediatos al Campillo, alto Barrizal y Albaicín, por donde entraron los asaltantes, llegando hasta el Coso, donde fueron rechazados por los defensores, quemando al retirarse aquellas barriadas, que tardaron mucho en reconstruirse, especialmente el Albaicín, que llegó arruinado hasta época muy moderna.

(12) **La Peña de los Enamorados.**—Entre las poblaciones de Antequera y Archidona, en la provincia de Málaga, existe un encumbrado monte, que se divisa desde grandes distancias, presentando por algunas partes un acantilado, que á partir de la cima, forma un precipicio de gran profundidad.

Conócese el tajo, por la *Peña de los Enamorados*, cuyo nombre debe á una interesante y antigua tradición, muy popular en Andalucía, y que ha generalizado después en toda España el Sr. Martínez del Rincón, con el célebre cuadro que lleva el mismo nombre.

El historiador Lafuente relata así el suceso:

«Había en Granada un joven cautivo de quien su sultán hacía mucha confianza. Tenía éste una hija, la cual se enamoró del mancebo cristiano. Con el temor de que el

padre descubriese sus amores, se resolvieron los dos á fugarse de la casa y á buscar un asilo entre los parientes del esclavo. Al llegar los fugitivos al pie de aquella roca, la joven musulmana se sintió rendida de fatiga y se sentó á descansar. A los pocos momentos vieron llegar al padre, que corría desalado en busca de su hija con gente de á caballo. Turbáronse los amantes, y no sabiendo qué partido tomar, determináronse á trepar por aquellos riscos hasta ganar la altura. Dirigiales el padre, desde la falda de la roca, furiosas amenazas, y amonestábales la gente de su comitiva á que descendiesen é implorasen su perdón, como único medio de templar su enojo y salvar sus vidas. Ni amenazas, ni reflexiones, ni ruegos bastaron á persuadir á los enamorados. Fueles ya preciso á los de la escolta del padre subir á la roca para apoderarse de ellos; pero el joven amante, con determinado arrojo, comenzó é descargar sobre ellos piedras, troncos de árboles y cuanto pudo haber á las manos. Vista la resistencia, buscó el padre ballesteros que de lejos les atacasen. Los jóvenes enamorados, no pudiendo salvarse de la lluvia de flechas que sobre ellos caía, y teniéndose ya por perdidos, para no sufrir la ignominia que les aguardaba, se abrazaron estrecha y fuertemente y se echaron á rodar por la peña abajo hasta caer destrozados, á los pies mismos de aquel inhumano y sañudo padre. Movió á lástima aquel triste y horrible espectáculo á todos los espectadores, y arrancó lágrimas á los mismos que habían contribuído á ponerlos en tal desesperación. Los dos amantes fueron enterrados al pie de la roca, que desde entonces se llamó *La Peña de los Enamorados.*»

Con ligeras variantes, refieren este dramático suceso otros escritores, conviniendo en el fondo con lo narrado por el Sr. Lafuente, aunque suponiendo que el caballero cristiano estaba preso en una mazmorra, de donde fué sacado por la enamorada joven, en cuya forma lo refiere también la tradición granadina.

Nosotros hemos seguido para la confección de nuestro modesto trabajo, además de lo dicho por los historiadores, una narración publicada en el libro *La Alhambra*, cuyo autor desconocemos.



ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|---------------------------------|-----------------|
| DEDICATORIA | III |
| PRÓLOGO | V |
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| Los Niños Hermosos | 5 |
| Rafael de León | 15 |
| El Cristo de la Agonía | 21 |
| La Esposa del Arquitecto | 27 |
| El Castillo de Guadalerza | 35 |
| La Torre de la Malmuerta | 61 |
| La Piedra Escrita | 75 |
| Una Deslealtad y un Reto | 79 |
| La Virgen de Consolación | 93 |
| La Cruz de la Roldana | 99 |
| La Prisión de Boabdil | 109 |
| Mahomad | 129 |
| La Peña de los Enamorados | 135 |
| Notas | 161 |

10010

10010

10010

10010



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
• EL DÍA XXVIII DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DE MCM
TOLEDO

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias al precio de 3 pesetas.

Los pedidos al autor, calle de San Marcos, número 19, Toledo.